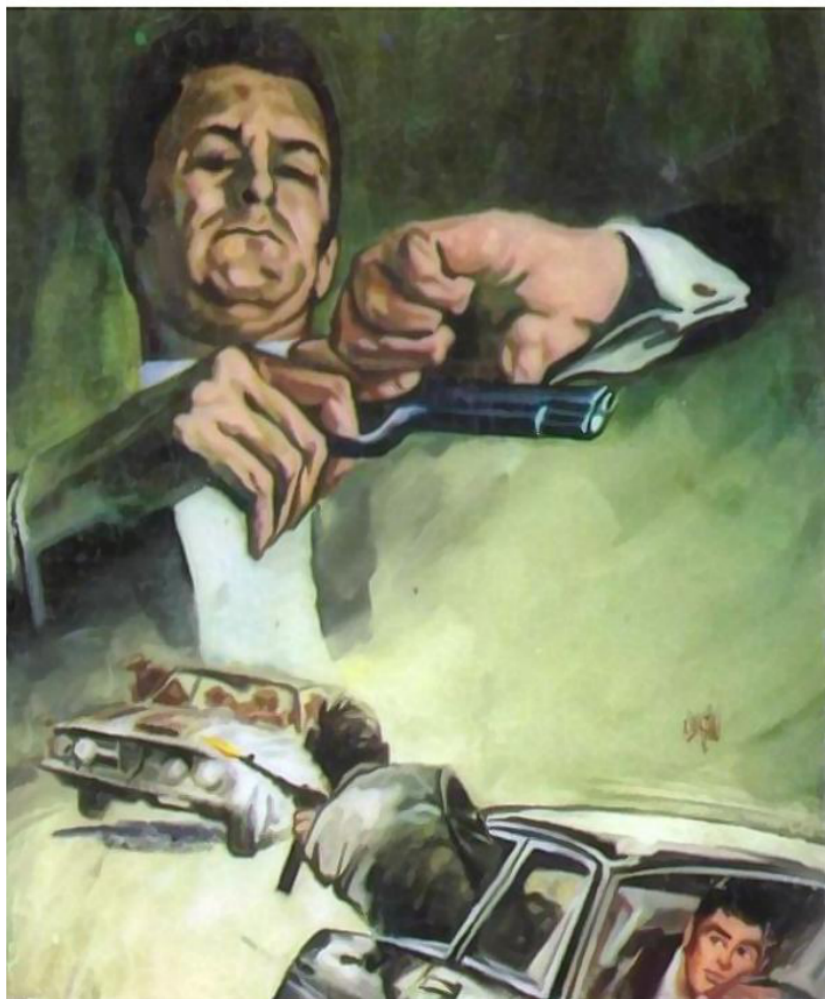




persecución obsesiva

frank caudett



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



FRANK CAUDET

PERSECUCION OBSESIVA

Colección PUNTO ROJO n.º 391
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legc^a B 32.343-1969

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: octubre, 1969

© FRANK CAUDET - 1969
sobre la parte literaria

© LUIS ALMAZAN - 1969
sobre la cubierta

**Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)**

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección PUNTO ROJO:

374. - La leyenda de Josephine Escartén.

En Colección SERVICIO SECRETO:

986. - El asesino del pijama rojo.

En Colección CALIFORNIA:

611. - Sed.

En Colección KANSAS:

528. - «Colt».

En Colección BÚFALO:

788. - Impasible.

En Colección COLORADO:

566. - El *gun-man* que nunca mató.

En Colección BISONTE:

1.056. - Justicia en Monterrey.

En Colección BRAVO OESTE:

389. - Vamos... ¡dispara! ¿Qué esperas?

En Colección SALVAJE TEXAS:

637. - Memorándum para un *sheriff*.

En Colección ENVIADO SECRETO:

97. - La «galaxia» de los invisibles.

En Colección ASES DEL OESTE:

490. - Odio.

*A Mark Halloran, excelente colega, cuya obra **Una cruz para cada muerto**, ha sido génesis del presente relato.*

Con mi sincera admiración,

Frank Caudett.

1

El hombre estaba sentado en una butaca de la habitación fumando un largo cigarrillo emboquillado.

Preguntó:

—¿Sabes por qué se te ordenó que cultivaras su amistad, Gina?

Gina Costello estaba de pie, ante el espejo del tocador, terminando de dar unos toques graciosos a su peinado alto, moderno.

Era una mujer de factura exquisita. Bien proporcionada, de líneas perfectas, esbelta, grácil y estilizada. Una belleza mediterránea; morena, de ojos negros, nariz breve y respingona, barbilla dividida por un gracioso hoyuelo, que se acentuaba al reír.

—Nunca pregunto el porqué de una orden, Pietro. Me Emito a cumplirla.

Pietro Reno era un hombre que frisaba los cincuenta años, muy alto y delgado, con la piel del rostro ajada, pómulos salientes y mejillas hundidas. En su presencia física se adivinaban los estragos causados por una úlcera de estómago maligna.

—Te daré ahora las explicaciones —dijo—. Ese hombre que dice llamarse Robin Pagnol y que finge ser agregado naval de la NATO, es en realidad Mark Clarkson del Servicio Secreto norteamericano. Un tipo obsesionado con la caza de nuestro jefe supremo. Por eso se te ordenó que cultivaras su amistad; para entretenerlo mientras confirmábamos nuestras sospechas.

Ella, como si no lo escuchara, se coloreó los gordezuelos labios con una barra de carmín.

Preguntó, sin ninguna emoción:

—¿Cuándo pensáis matarlo?

—Esta misma noche.

—¿Esta noche? —Pareció sorprenderse Gina—. ¿Y dónde?

—En tu apartamento.

—¡Pero...!

—No te preocupes —habló el hombre, haciendo un gesto de dolor—. Nosotros nos encargaremos de hacer desaparecer el cadáver.

—¿Por qué no habéis elegido otro sitio?

—Liquidarlo a tiro limpio, en mitad de la calle, es demasiado expuesto. Me consta que irá a tu apartamento de mil amores. Le gustas... y él te gusta a ti, ¿verdad?

—Es guapo... sí.

—Descríbemelo —pidió Pietro Reno.

—Bueno, no sé si lo haré bien. Debe medir como un metro noventa centímetros, es apuesto, fuerte, de suaves ademanes, pero varoniles. Rubio, con el cabello ensortijado, y con unos ojos muy negros y grandes, como contraste.

—Interesante, sí.

—Es una pena que lo liquidéis. ¿Tan peligroso es?

—Peligrosísimo. Además de las órdenes que ha recibido de Washington, ha tomado esta misión como un asunto personal. Su padre murió en Berlín, a finales de 1944, cuando investigaba lo mismo que él ahora.

—Hay algo que no comprendo, Pietro.

—¿El qué?

—¿Cómo se deja engatusar por mí?

—Sencillo. Está haciendo el mismo juego. Sabe que eres un engranaje de la organización y quiere ver si te saca algo.

Le dio otro toque a los cabellos negros.

—¿Y no sospechará nada?

—No. Él cree que tú le supones el tal Robin Pagnol, agregado naval de la NATO. ¡Oye...!, veo que estás poniéndote muy guapa. Casi le envidio. ¿Tanto te gusta?

—Es un hombre que ha de gustar, aunque una no quiera. Al menos, ya que es su última noche conmigo, que me vea guapa.

—Gina...

—¿Qué?

—Procura llevar la conversación de un modo que sea él mismo quien proponga ir a tu apartamento.

—¿Qué más da que lo proponga yo, que él?

—Es para evitar un posible recelo.

—¿No dices que no sospecha nada?

—Sí. Pero a pesar de eso, es un tipo muy curtido, que se las sabe todas. De tú insistir demasiado para que vayáis a tu apartamento... podría recelar.

—Tranquilo, Pietro. Haré venir la cosa bien. ¿Dónde estaréis?

—En uno de los cuartos que dan al *living*. *Procura dejarlo solo cuestión de unos minutos.*

—Supongo que no haréis ruido, ¿oh?

—Descuida. Se hará con silenciador.

Ella, mirándose al espejo, terminó de examinarse. Fue al armario-ropero y extrajo de él un liviano abrigo primaveral que se echó sobre los hombros.

Dio una vuelta sobre los agudos tacones de sus zapatos negros.

—¿Qué tal me veo?

—Magnífica. Te repito que le tengo envidia.

—¿Envidia a un hombre que va a ser cadáver dentro de unas cinco o seis horas?

Pietro Reno tiró la colilla del cigarrillo, aplastándola bajo un zapato.

Dijo:

—Aun así.

—No seas cínico...

—Soy sincero. Siempre he pensado que tú y yo podríamos...

Se ensombreció el rostro de la mujer, al interrumpirle:

—Te lo he dicho muchas veces, Pietro. Compañeros y nada más.

No insistas.

—Si tú lo dices...

—Adiós.

—Espera. Bajo contigo.

—Como quieras.

Ella apagó todas las luces del apartamento, abrió la puerta, salió en pos del hombre, cerró con llave y guardó ésta en su bolso.

Pietro se adelantó, para pulsar el botón de subida del elevador.

—Gina...

—¿Qué?

—¿Estás nerviosa?

—¿Nerviosa? ¡Bah! En absoluto. El que me guste no quiere decir que me quede tan fresca al saber que hay que liquidarlo.

El ascensor llegó y ambos entraron en la cabina rectangular.

—Que no vea que tienes prisa...

—¡Pietro! ¿Es que vas a estar dándome órdenes e instrucciones como a una principianta?

—Perdona.

El ascensor había llegado al vestíbulo. El hombre abrió las puertas.

—Me adelanto —dijo Gina—. No es conveniente que nos vea juntos. Y debe estar en la misma entrada.

—Bien —cabeceó Pietro. Deseando—: Suerte.

—Gracias.

Avanzó ella hacia la salida del portal con vivo taconeó.

2

Estaba esperándola al volante de un magnífico y extraordinario «Aston Martin-DBS», cuatro plazas, metalizado en un color gris plata.

Un vehículo que alcanzaba sin ninguna dificultad, en carretera, los doscientos veinte kilómetros por hora.

El hombre, asomando la cabeza por la ventanilla, sonrió al verla venir.

En efecto, era alto y apuesto, elegante y varonil, atractivo, con un cabello dorado hecho círculos y unos ojos negros, grandes, llenos de vida. Las facciones de su rostro eran correctas, aunque el rígido mentón ponía un puntazo de dureza en la faceta expresiva.

Le había dicho a ella que se llamaba Robin Pagnol y que era agregado naval de la NATO.

Sonreía.

—*Buona notte*, Robin... —susurró ella al acercarse.

Él le abrió la portezuela.

—*Bon nuit* —pronunció en un perfecto francés—. ¡Estás preciosa!

—¿Es un cumplido para halagar mi femenina vanidad? —interrogó Gina Costello, arqueando las cejas, mientras se acomodaba junto al hombre en el interior del auto.

—*Parbleu ma chérie*! Es la verdad. ¿Dónde vamos hoy?

—A la Casina delle Rose, en Villa Borghese [1].

—De acuerdo. Tú mandas.

Quién decía llamarse Robin Pagnol puso en movimiento el flamante «Aston Martin-DBS».

Se encontraban en la Vía Tiburtina, casi en su cruce con la Vía Cave di Pietralata. Por esta última ascendió el magnífico vehículo, como una exhalación, hábilmente manejado por las manos del hombre, hasta introducirse por la Vía Nomentana y, de ella, tras un

cerrado viraje a la izquierda, pasar a la Vía Pinciana, que era uno de los accesos a la Villa Borghese.

El trayecto se había realizado en silencio.

Bajó él, rodeando el auto, para abrir la otra portezuela y tenderle la mano a la mujer.

—Siempre tan galante, Robin. No olvidas un detalle.

Se adentraron por la villa hasta llegar a la Casina, delle Rose.

Allí, el espectáculo era al aire libre.

Las mesas estaban distribuidas con cierta negligencia alrededor de un tablado de madera, en donde tenían lugar las actuaciones de los artistas que componían la especie de *show del local*.

Escogieron una mesa apartada.

Él retiró la silla galantemente para que ella se aposentara. Luego, tomó asiento.

No tardó ni diez segundos en acercarse el camarero. Quien con un ademán reverencioso, saludó:

—Buona notte, *signorina*... *signore*. Per cortesía... *¿qué será?*

—¿Te apetece una cena fría? —preguntó Robin a su bella acompañante.

—Sí. Me parece una excelente idea.

Encargó pues una cena fría. El camarero hizo otra reverencia, diciendo:

—Veloce, *signore*.

Se alejó.

Gina, sacando una pulsera del bolso, se coloreó las mejillas.

—¿Aún quieres ponerte más bella? —inquirió él.

—No desaprovechas la menor ocasión de ser galante, ¿eh? —repuso Gina, guardando la polvera.

—Te has empeñado en llamar galantería a la sinceridad.

—Dejemos eso, Robin. Dime una cosa...

—¿Cuál?

—¿Cuánto tiempo vas a permanecer en Roma?

—¿Ya te has cansado de mí?

—¡Tonto! Te lo pregunto en serio.

—Con sinceridad, no puedo darte una respuesta concreta. Depende de mis superiores.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella. Y tras la interrogación, haciendo un gesto cómico, exclamó—: ¡Oh... no, no me lo digas!

Debe ser algo secretísimo.

Sonrió él.

—Bromeando, has acertado, Gina. Estoy trabajando con unos ingenieros navales italianos en la construcción de un arma secreta que se incorporará a las fuerzas de la NATO.

—Muy complicado, Robin. Aunque te parezca vulgar, no entiendo de esas cosas.

—Tú no eres una mujer vulgar, Gina.

—Pero me comporto como tal. Reconozco que no sé llevar una conversación que pueda interesar a un hombre.

—¿Quieres algo más interesante que tu belleza?

—¡Robin...! ¿Es que no vas a dejar de halagarme?

En aquel justo instante llegó el camarero, empezando a servirles la cena.

Comieron en silencio.

Habían terminado, cuando subió al tablado una muchacha morena, con vestido de brillantes lentejuelas, abierto en un lateral en forma de «v» al revés, quien tras presentarse al público, dijo que iba a interpretar para ellos *Tango italiano*.

Una orquestina, situada a la izquierda del tablado, atacó las primeras notas de la popular composición.

Y la cantante, moviéndose cadenciosa, con voz melódica y un tanto lánguida, empezó:

«*Un tango italiano,
un dulce tango...
con sus notas me hace evocar
un recuerdo lejano...*»

—No canta mal, ¿verdad? —comentó Gina.

—Al contrario —dijo él—. Creo que lo hace fantásticamente bien.

Cuando terminó la canción fue bastante aplaudida.

Luego fueron desfilando por el tablado otros actores del programa.

Robin y Gina fueron haciendo comentarios triviales y así vieron pasar el tiempo.

Ya había caído la una de la madrugada, cuando ella dijo en

interrogante:

—¿Sabes que haría ahora?

—No...

—Buscar un lugar reservadísimo, donde sólo estuviésemos tú y yo, para tomar un vaso de *whisky*.

Robin Pagnol se acarició la barbilla. Preguntando de repente:

—¿Tienes *whisky* en tu apartamento?

Ella arqueó las cejas.

—¿Qué insinúas?

—Pues... que podríamos ir a tu apartamento a tomar ese *whisky* en soledad.

—No sé si es muy correcto a estas horas...

—Tú eres una mujer moderna, sin prejuicios absurdos... y me conoces lo suficiente, ¿no?

Ella fingió meditarlo.

—¡Bueno...! —exclamó al fin—. De acuerdo. Vamos a mi apartamento.

Robin llamó al camarero, pidiéndole la cuenta.

Abandonaron la Casina delle Rose y Villa Borghese.

Gina sacó la llave de su bolso y abrió la puerta.

—Adelante, Robin. Estás en tu casa.

El vestíbulo era elegante.

Todo el apartamento en sí lo era. Con tenues cortinillas, cuadritos, adornos y toda esa gama de detalles en que la mujer se extiende para demostrar la sutileza y agradabilidad de su sexo.

Pasaron al *living*.

Ella encendió una lamparita de pie.

—¿Quieres sentarte, mientras me cambio, Robin? —inquirió ella, señalando una butaca.

—¿Cómo no? —repuso él.

Y se dejó caer en la butaca.

Ella, sonriéndole, desapareció por una de las puertas que daban al *living*, *que eran tres exactamente*.

Estaba sugestivamente distribuido y decorado: mueble bar y librería al mismo tiempo, mesita ratona, dos butacas, televisor, dos mesas rinconeras conteniendo artísticos jarrones de flores y todo ello circundado por vaporosas cortinillas.

Robin iba a prender un cigarrillo.

Pero no lo hizo.

Porque el tipo que había abierto una de las puertas sigilosamente y asomaba, automática en ristre, no contó con que la luz proyectaría su sombra, delatándole.

Robin Pagnol, con una agilidad inesperada, dio un brinco y se plantó detrás de la butaca, usando el respaldo de ésta como escudo.

Al mismo tiempo, con velocidad centelleante, había extraído de la sobaquera su pavonada «Magnum» provista de silenciador.

Con toda limpieza le clavó dos balazos al tipo en la garganta.

—¡Aaaag! —barbotó, rodando en tierra, ensangrentado.

Robin, de un felino salto, cambió de posición, situándose en diagonal a la puerta.

Asomó otro fulano.

No tuvo más que apuntar cuidadosamente y le saltó la tapa de los sesos en cien pedazos.

Su intuición le advirtió del peligro que se cernía a espalda y se tiró al suelo en plancha, rodando sobre sí, para escapar a los balazos que le perseguían rabiosamente.

Justo en aquel instante se abrió una puerta y apareció Gina, siendo alcanzada en mitad del pecho por un proyectil.

Se volcó hacia adelante con una enorme mancha de sangre entre los senos.

Pietro Reno, al darse cuenta de que había matado a la mujer de quien estaba locamente enamorado, sin preocuparse de Robin, corrió hacia ella, gritando:

—¡Gina... Gina... amor mío!

El otro, entonces, cayó sobre él, desarmándole limpiamente.

—Es inútil, amigo. Está muerta.

—¡Maldito...! ¡Por tu culpa!

—¿Mi culpa? —sonrió fríamente Robin Pagnol—. Sois vosotros quienes habéis montado esta trampa.

—Sí... para cazar a un cochino espía americano llamado Mark Clarkson.

—Correcto. Admito que ése soy yo. Y ahora vas a decirme quién eres tú.

Pietro, que ante la muerte de Gina ya no parecía importarle nada, respondió:

—Pietro Reno.

—¿Trabajas en la organización de Bará Ben Aliyah? —Sí.

—¿Quién es él y dónde está?

—Ignoro la respuesta a ambas preguntas.

—¿De quién recibes instrucciones? —inquirió Mark Clarkson, que era el verdadero nombre de Robin Pagnol.

—De Joab Landau, desde Berlín. Es un judío rico que controla la red, en Europa, de Bará Ben Aliyah.

—¿Sus señas?

—325 de la Marienfelder Chaussee.

—Procura no mentir, Pietro. De lo contrario, volveré y no pararé hasta eliminarte.

Reno escupió al suelo.

—¿Qué más me da?

—*Ciao...* te dejo con tu amada y dulce Gina.

Le dio la espalda, pero no se guardó la «Magnum».

Porque, otra vez, su intuición hubo de salvarle la vida.

Se revolvió en el justo instante en que Pietro ya había sacado el pequeño revólver que llevaba bajo la axila.

Le clavó un balazo en mitad de la frente.

—¡Vaya panorama desolador! —exclamó, guardando, ahora sí, la «Magnum»—. Todos muertos y estoy como al principio. Será cuestión de investigar a Joab Landau.

Frotándose las manos salió del apartamento de Gina Costello, como si nada hubiese sucedido.

Ésa era su sangre fría. Ésos eran sus nervios, templados como el acero bajo el fuego.

Un hombre que se jugaba la vida a cara o cruz no podía ser de otra manera.

3

Desde el aeropuerto Tempelhof, de Berlín, un taxi lo condujo a la Marienfelder Chaussee.

Abonó el importe de la carrera, saltando a tierra.

El 325 correspondía a una especie de palacete rodear de por un lujurioso jardincillo.

La verja, más que obstáculo para impedir la entrada, era un motivo más de adorno arquitectónico.

Mark Clarkson la salvó limpiamente.

Luego, serpenteando por el jardín, se dirigió hacia la casa.

Ante el edificio se extendía un gran parterre de rojos tulipanes.

Unas notas musicales sonaban en el salón, cuyos ventanales se abrían a una veranda de plantas trepadoras.

Mark alcanzó la veranda y atisbo por el más cercano de los ventanales.

Permaneció un momento inmóvil.

Luego saltó a la veranda y, después, se introdujo por el ventanal.

El salón estaba lujosamente decorado en azul y oro, conteniendo un tresillo de rico tapizado, una consola sobre la que había un par de costosas estatuillas y un reloj antiguo, un piano, y algunos canapés.

Debía de existir una instalación oculta de altavoces estereofónicos ya que, desde varios lugares de la estancia, brotaba la voz grave del malogrado Mario Lanza cantando un fragmento de *Caballería rusticana*.

Mark Clarkson dio un manotazo de rabia en el aire.

Porque había llegado tarde.

Joab Landau estaba muerto. Sentado en una butaca junto al piano, vestido con un batín de seda granate, de unos cincuenta años de edad, con la cabeza inclinada... hasta parecía inverosímil que pudiera sostenerse en la butaca con los tres balazos que le habían

clavado en el centro del tórax. Llevaba el batín y la camisa empapados de sangre.

Había otro muerto. Una mujer. Que debería ser la esposa de Landau. Con el cabello teñido de color ceniza, enjoyada, con un vestido excesivamente descotado para su edad. Yacía en el suelo, a los pies de la consola, con la garganta atravesada.

Mark vio dónde estaba situado el cuadro de mandos del aparato estereofónico. Avanzó hacia él y cortó de raíz la voz del cantante.

Tenía que haber alguien en la casa, ¿no?

Servidumbre por lo menos.

Abandonó el salón, adentrándose por las demás dependencias, tomando el pasillo que conducía a los cuartos de servicio. Abrió, sin dudar, la puerta del *office* y halló a un hombre y una mujer de mediana edad, que conversaban animadamente.

Se pusieron en pie de inmediato.

—¿Quién es usted? —preguntó el hombre.

—No se asusten —dijo Mark—. No voy a hacerles ningún daño. Además de ustedes, ¿hay alguien más en la casa?

—Los señores —respondió ella.

—Los señores a un lado...

—Nadie...

—¿Ha venido alguien hace poco? —interrogó Mark.

La mujer, que tenía los cabellos grisáceos, cabeceó afirmativamente.

—Sí...

—¿Ha abierto la puerta alguno de ustedes dos?

—No —respondió él—. Pero... ¿por qué nos pregunta todo eso? ¿Cómo ha entrado usted?

—Responda a mis preguntas y no haga más interrogaciones. ¿Por qué no han abierto ustedes?

El hombre pareció sobrecogerse.

—Porque el señor... —respondió titubeante—, ha salido al jardín. Esperaba la visita, como ha ocurrido otras veces.

—¿De quién?

—Creo que se llama Dov Yarkoni y es compatriota del señor.

«¡Dov Yarkoni! —exclamó Mark para sus adentros—. Una de las piezas claves de la organización de Bará Ben Aliyah. Él lo había conocido en Francia por mediación de Veronique Darbois.

Precisamente había pedido a sus colegas de Francia, París en concreto, que lo localizaran».

—Dov Yarkoni... ¿reside en Alemania?

—Le he oído decir al señor que temporalmente. Esta mañana hablaba de él con la señora, le decía que vendría a hablarle sobre la llegada a París de un tal... esto, tengo el nombre en la punta de la lengua... ¿cómo ha dicho? ¡Ah, sí, un tal David Haifa!

Mark Clarkson sabía que David Haifa era el brazo derecho de Bará Ben Aliyah... Así que en París, ¿eh?

—¿Por qué no le ha preguntado todo eso al señor? —inquirió el fámulo con mucha lógica.

—Porque al señor y la señora Landau les ha ocurrido un grave percance. Están muertos. Los ha asesinado Dov Yarkoni.

—¡Santo cielo! —exclamó ella.

—¡Es imposible! —estalló él.

—Pues salga fuera y los verá. Ya puede ir avisando a la policía. ¡Adiós!

—¡Eh... espere! —gritó el hombre.

Y corrió hacia Mark, tratando de detenerlo.

Se deshizo de él de un manotazo y salió de la casa.

Tendría que hablar con el agente enlace en Europa del Servicio Secreto norteamericano.

Mark Clarkson puso proa a París. Su vida era un continuo viajar.

Uno de los dos hombres estaba de pie en el centro de la habitación.

El otro, con pantalón gris y chaqueta de pijama amarilla, estaba tendido negligentemente en un sofá. Tenía en el suelo, a su alcance, un largo vaso conteniendo *whisky*.

—Repíte eso —dijo Mark Clarkson.

Jerry Carter, antes, prefirió engullir un trago de *whisky*. Era un hombre de unos cincuenta y dos años, bastante calvo, con los aladares canosos, rostro de piel ligeramente arrugada, pero que se mantenía muy bien físicamente.

Después del trago, dijo:

—Washington te ha relevado de la misión de dar con Bará Ben Aliyah.

—¿Por qué?

—Dicen que has hecho del asunto algo particular y personal.

Mark se plantó frente al que estaba tendido en el sofá.

—¡Estúpidos! ¿Y ahora se dan cuenta?

—Fue un error psicológico encargarte esa misión.

El de los cabellos amarillos hizo un gesto expresivo.

—Pienso limpiarme las narices con las órdenes de Washington. Aunque los estrategas de oficina y bolígrafo se suban por las paredes.

—¡Cuidado, muchacho! —exclamó Jerry—. La veteranía es un grado, y yo soy muy veterano. ¡En primer lugar, he recibido orden de relevarte!, está aquí tu relevo y tengo que cumplir esa orden. En segundo, el camino que tú eliges conduce a un callejón con dos salidas; una, el puntapié en las asentaderas como mal menor; otra, morir achicharrado a balazos en cualquier callejón. ¿Me escuchas?

—No.

—¡Vete al cuerno entonces! Y en este caso, el «cuerno» está en

Washington.

—No pienso ir a Washington —dijo Mark Clarkson, cuadrando las mandíbulas.

Jerry Carter prendió un cigarrillo, inhaló una larga bocanada, y luego la exhaló hacia el techo en forma de espiral. La estuvo contemplando como si en ella se encontrase la solución al problema que le planteaba Mark Clarkson.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó al fin—. Los códigos existen para ser respetados, las reglas para que uno las siga... no pueden saltarse deportivamente.

—¿Ah... no? —Enarcó las cejas burlonamente Mark—. ¿Quién va a impedir que yo continúe?

Jerry Carter se medio incorporó en el sofá.

—Yo debería impedirlo a bofetada limpia —dijo.

—Es un poco tarde, ¿no te parece, Jerry?

Exhaló otra bocanada.

—Nunca es tarde. Y tú tienes que dejar ahora la persecución obsesiva que sigues sobre Bará Ben Aliyah.

—No es una persecución obsesiva, Jerry. Es un trabajo más. Pero no puedo olvidar que mi padre fue acribillado en una callejuela de Berlín, en 1944, al descubrir la identidad y los manejos de Bará Ben Aliyah.

Y hoy día sigue siendo el mismo individuo peligroso de entonces. Ha montado una formidable maquinaria de espionaje sobre Europa meridional y el Medio Oriente, cubriendo todos los frentes que se ve obligado a dejar vacíos el servicio de espionaje soviético. Tiene el talento necesario, la audacia, influencia, incluso el poder; se sirve de un puñado de veteranos aventureros judíos... agentes del servicio secreto israelí cuando lo de la partición, que son verdaderos expertos para operar en un montón de países. La experiencia de Bará Ben Aliyah es enorme, sus tentáculos llegan a todas partes. Constituye quizá la mayor fuerza que puede ser organizada en esta región del mundo...

—¡Alto, Mark!

—¿Qué?

—No trates de demostrarme que tienes razones justificadas para perseguir a Bará Ben Aliyah. Yo sé que no. Además, Washington no quiere que lo hagas, y eso es todo.

—¿Por qué...? ¡Diablos! ¿Por qué?

—Espera un momento y lo sabrás.

Jerry Carter se puso en pie. Fue hacia una de las puertas que desembocaban a la sala, la abrió y dijo:

—Sal, Carol.

Y salió una muchacha espléndida. Pelirroja, con el rostro moteado de graciosas pecas, unos brillantes ojos azules llenos de movilidad, la nariz breve y recta, la barbilla firme y decidida. Su cuerpo era un armonioso trazado geométrico. Tenía una cintura muy estrecha en la que se fundía la parte superior de su cuerpo para dar forma y volumen a unas caderas majestuosas, suaves y rotundas a la vez, que oscilaban cadenciosamente al ponerse en movimiento un par de piernas fabulosas, largas, de esbelta curva y trazado ágil.

Jerry Carter dijo, mirando al rubio:

—Te presento a Carol Garland; colega y la sustituta que Washington te ha enviado. Carol... él es el testarudo Mark Clarkson.

—En estas circunstancias no voy a decirte que tenga mucho gusto en conocerte, Carol —habló Mark con toda sinceridad.

—Entiendo —aceptó la mujer.

—Bien, Carol... —intervino el agente enlace en Europa del Servicio Secreto norteamericano—, dile por qué ha decidido Washington sustituirle.

—Por qué han comprendido que Mark Clarkson, con su obsesión por encontrar a Bará Ben Aliyah, es un peligro... algo así como un volcán en erupción que puede hacer estallar el polvorín sobre el que está asentado.

—¿Un peligro? —Enarcó las cejas el aludido—. ¿Quiere aclararme eso, Carol?

—Sencillo. Guerra civil en Nigeria; alzamiento de un ejército mercenario en el Congo para derrocar al Gobierno; reunión comunista en la cumbre, en Budapest, en la que se ha acordado ayudar con todos los medios a la RAU; ocupación rusa en Checoslovaquia; continua fricción de árabes e israelíes. En Washington temen que Bará Ben Aliyah se valga de tu obsesión en perseguirle, sirviéndose de tu odio hacia él, para inducirte a cometer un desliz que pueda resultar catastrófico y que, promovido por un americano, de pie a los árabes y a sus aliados comunistas para lanzar un definitivo ataque.

—¡Bah! Los estrategas de Washington deliran... —sonrió Mark con escepticismo—. Lo que sí hay que hacer es terminar de una vez, y definitivamente, con Bará Ben Aliyah y su organización, evitando así que se introduzcan en nuestros propios frentes de espionaje y asesinen a nuestros hombres, como vienen haciendo hasta ahora. Jack Carson fue uno de ellos y puede decirse que prácticamente lo envié yo a la muerte al ponerlo sobre la pista de la mano derecha de Bará, David Haifa.

—¡Eso ocurrió en Casablanca! —exclamó Jerry Carter—. Además, uno u otro tenía que enviar a Carson.

—No es eso solo y lo de mi padre —habló Mark duramente—. Hay algo más, bastante más... y yo lo sé porque me he preocupado de reunir todos los antecedentes de Bará Ben Aliyah. A principios de la Segunda Guerra Mundial, por si no lo saben, colaboró con el *Intelligence Service* británico; pero ni siquiera los ingleses saben gran cosa de él. Su personalidad es un enigma; es un judío de recursos incalculables, un verdadero rey en la sombra de Oriente. Como decía, colaboró con el IS británico, pero luego se pasó a la SS nazi. ¿Saben qué hacía? Se dedicaba a reunir compatriotas ricos, cobrándoles cuantiosas sumas con la promesa de sacarlos de Alemania... y luego los entregaba a los nazis para que los metieran en la cámara de gas. Reapareció cuando la independencia de Israel, creando problemas graves, primero a los ingleses y, luego, a su propio país. Después fue cuando montó la red de espionaje que ahora dirige.

—No trates de engañarte a ti mismo —dijo Jerry Carter, metiéndose un trago de *whisky* entre pecho y espalda—. No son ésas las razones por las que persigues a Bará Ben Aliyah.

—¡Diablos! ¿No tienes, al menos, sentido del compañerismo?

—¿A qué viene eso?

—A que Jack Carson justifica sobradamente mis razones. Te lo he dicho antes. Él era un muchacho que prometía, inteligente, lleno de vida y salud, que le hacía sombra a la lumbrera que habían dicho que yo era en Washington. Quise probarlo. Por eso lo envié tras la pista de un comerciante árabe llamado Moulay-Hafid Draved... «Es un espía al servicio de Ben Aliyah», eso le dije. Pero yo sabía que se trataba del brazo derecho de Ben Aliyah, sabía que era David Haifa. No obstante, el chico fue lejos. Mucho más de lo que podía ir yo,

mientras me entretenía con la bellísima Veronique Darbois, la cual esperaba que me condujese a otro miembro de la organización: Dov Yarkoni. Como os digo, el chico fue demasiado lejos; descubrió, no sólo quién era Moulay-Hafid Draved, sino también al jefe supremo de la organización. Eso le costó la vida. Y yo fui el culpable... yo, que quise demostrar que no era lo inteligente y preparado que se presumía.

—Correcto, correcto... Aceptamos lo del compañerismo —dijo Jerry Carter haciendo un ademán—. Pero dime una cosa, ¿de qué pistas dispones para encontrar a Bará Ben Aliyah?

—Te he pedido que localizases a Veronique Darbois, ¿no? Si doy con ella, daré con David Haifa, quien, según informó Dov Yargoni a Joab Landau, al que luego asesinó para que no hablase, está por llegar a París. Hay muchas posibilidades todavía, Jerry. Lo único que necesito es que te calles, me cubras las espaldas y digas a Washington que no me has visto.

—¡No puedo, diablos! Carol está aquí para sustituirte.

—Eso tiene arreglo. La chica que trabaje por su cuenta...

—He dicho: ¡no!

—¿Quieres que lo mande todo al diablo y que continúe por mi cuenta y riesgo, Jerry?

—Lo tomes por dónde lo tomes, es mandarlo todo al diablo.

Reinó un silencio en la estancia entre los tres protagonistas de la escena.

Mark Clarkson, evolucionando por la sala, se plantó frente a la pelirroja, preguntándole:

—¿Qué opinas tú?

Ella enarcó las cejas.

—¿Con sinceridad?

—¡Ahá!

—Que te comprendo. Y sé que también Jerry te comprende. Pero él es el agente enlace y ha recibido órdenes de Washington...

—¡Y dale con Washington y con sus órdenes! Señores... —Les miró a los dos fijamente—, ¿nosotros qué somos?

Carter, ingiriendo un trago de *whisky*, inquirió:

—¿Qué quieres decir?

—¡Ah...! No me entiendes, ¿eh? ¿Nosotros qué somos...? ¿Seres humanos con un corazón y unos sentimientos, o simples robots de

corazón electrónico que late de acuerdo con lo que piensen los inteligentes cerebros de Washington...?

—¡Mark! —exclamó Jerry Carter—. ¿Por qué te empeñas en hacerlo difícil?

El de los rubios cabellos ensortijados sonrió duramente.

—Yo no lo hago difícil, Jerry. Eres tú mismo... quien empieza a comprender que tengo razón.

—¿Razón? —Alzó las cejas el otro, interrogante—. ¿Y tú le llamas razón a perseguir obsesivamente a Bará Ben Aliyah?

—Obsesivamente... —Pareció que el rubio Mark masticaba letra por letra—. Y, aunque así fuera... ¿dejaría de tener razón? ¿Dejaría de perseguir obsesivamente, pero con razón, al hombre que mató a mi padre y a un compañero por negligencia mía?

—Tú eres un hombre del SS americano y no puedes servirte de ese organismo para realizar venganzas personales —gruñó Jerry Carter.

—¡Vaya...! ¡Escuchen al «genio»! ¿Y tú qué eres? Ya te lo he dicho antes: un robot... ¿Robot? ¡Ca! Peor que eso. Tú eres un tipo que a los cincuenta y tantos años se ha apoltronado bien en una silla hipotética de la comodidad del espionaje...

—¡Basta, Mark! Ya no sabes lo que estás diciendo.

—Sí lo sé, Jerry. Digo la verdad. Y así es como se pierde a los amigos, ¿no?

—¡Diablos! ¿Qué es lo que quieres que haga yo, Mark?

—Creo habértelo dicho antes, ¿no? Que calles, me cubras la espalda y digas a Washington que no me has visto ni en fotografía.

—Suponiendo que hiciera eso... ¿qué ocurre con Carol?

—También te he dado la solución antes: ella que trabaje por su cuenta.

—Quieres arruinar tu carrera y, de paso, la mía, ¿eh, Mark?

—Sé más humano y olvídate de las carreras. Llegará un día, Jerry Carter, en que serás metido en un ataúd y sepultado por los siglos de los siglos... ¡entiende que en ese ataúd no cabrán las carreras! Pero entiende que así tendrás que rendir cuentas sobre los actos humanos... ¡hu-ma-nos!, buenos y malos, que hayas realizado. ¿Es que no te acuerdas tampoco de eso, Jerry Carter?

El hombre de la chaqueta de pijama amarilla, tras un nuevo trago de *whisky*, permaneció dubitativo por espacio de largos

minutos.

Al fin, murmuró:

—Creo que tampoco yo sé lo que me hago.

En los negríssimos ojos del personalíssimo muchacho de rubios cabellos ondulados brilló una chispa de esperanza.

Inquirió:

—¿Estamos de acuerdo, Jerry?

—¡Ca! Nunca lo estaremos, porque sé que lo que vamos a hacer está mal. Pero... ¡diantres, estoy de acuerdo con tu testarudez! ¡Acaba de una vez con Bará Ben Aliyah!

—¿Qué hay de Veronique Darbois?

—Está bien —la voz del veterano Jerry Carter traslucía resolución—. Ha llegado hace un par de días una nota de uno de nuestros agentes. Se llama André Logan, Dice simplemente: «Veronique Darbois localizada».

—¿Significa eso, definitivamente, que te callas y me guardas la espalda?

—*Okey* —cabeceó Jerry Carter—. Ante Washington soy mudo y ciego. Eso, suponiendo que no se cansen de mí y me saquen de esa hipotética silla de la comodidad del espionaje en que tú me has sentado.

—Buen chico, Jerry —sonrió Mark.

—¿Y qué hago con la pelirroja? —se sonrió el propio Jerry Carter, mirando a Carol.

—Parece que estéis jugando a deshaceros de mí como si fuera un estorbo —intervino ella. Agregando—: Traigo instrucciones concretas de Washington...

—¡Oh... no! —exclamó Mark, llevándose las manos a los rubios cabellos—. ¡No empecemos de nuevo con Washington, las órdenes y las instrucciones concretas!

—¿Entonces... —interrogó la mujer con una sonrisa burlona e intencionada—, regreso y les digo a los estrategas de oficina que los agentes señores Carter y Clarkson arreglan el asunto a su manera, prescindiendo de sus opiniones?

—Pequeña... —murmuró Mark.

—¡No me llames «pequeña»! ¿De dónde «sacas» tanta familiaridad?

—Entre tú y yo la habrá, pequeña...

Enrojeció ella como la grana.

—¿Qué insinúas?

—Afirmino: ¡vamos a trabajar juntos!

—¡Mark! —exclamó Jerry—. ¿Es que te has propuesto volverme loco?

—¿Trabajar contigo? —inquirió ella, furiosa—. ¿Para qué? ¿Para que hagas conmigo lo mismo que con Jack Carson?

El rubio no pudo contenerse.

Y saltando junto a ella, la abofeteó con rabia.

—¡No vuelvas nunca a repetir eso!

—¡Mark...! —gritó Jerry—. ¡Tú no vuelvas a ponerle la mano encima!

Mark bajó la vista.

—Perdóname, Carol.

Ella murmuró:

—Comprendo que te he ofendido mucho, Mark. Tú no pretendías que Jack Carson muriera...

—Pero es como si lo hubiera matado yo mismo. Bastante que me tortura esa idea por sí sola... el que la hayas manifestado ha hecho que rebasara mis propios límites de resistencia. Te repito que me perdones.

—Bueno —habló Jerry Carter, tras un nervioso trago de *whisky* —, ¿vamos a no ser razonables?

—Lo somos —admitió Mark. Agregando—: Si Carol no tiene inconveniente, puede trabajar conmigo...

—Puedo —aceptó ella.

—Entonces —siguió Mark—, basta con que les digas a los estrategas de oficina, pizarra y bolígrafo, que están cómodamente apoltronados en Washington, que Carol Garland se encuentra trabajando en el asunto de Bará Ben Aliyah, tal como ellos han ordenado, y que...

—... Y que de Mark Clarkson —completó el propio Jerry Carter —, ni rastro, ¿eh?

—Okey. ¿Dónde localizo a André Logan?

—En el sitio de siempre.

—¡Hasta la vista, Jerry! ¿Vamos, Carol?

—Vamos...

Al quedarse solo, Jerry Carter apuró el *whisky*.

Como quizá había apurado su carrera... una carrera que no cabía en el interior de un ataúd; eso era cierto.

Era un viejo cafetucho de la rue Marcadet, en Montmartre.

André Logan solía ir allí todos los días.

Pasaba por escritor.

Al menos, siempre ocupaba una mesa con montones de cuartillas, en las que no paraba de garabatear letras.

Un tipo tan típico como el local.

Pedía un café... ¡y a escribir!

—Hola, André —saludó el hombre que acababa de sentarse en la silla de enfrente.

—Hola, Mark. ¿Quién es ella?

—De toda confianza. Washington la ha enviado para remplazarme.

—¿No sigues tú?

—Claro que sigo. ¿Es que no me conoces todavía?

—*Oui*. Mark, el testarudo. He localizado a la Darbois.

—Escupe.

—103 de Boulevard Vaugirard. Eso cae cerca de la Gare du Montparnasse.

—*Merçi*, André. Eres inestimable.

—Como tú de testarudo. ¡Suerte!

—Gracias... *au revoir*!

Salieron del cafetucho.

Carol se puso al volante de su propio «Porsche» sin necesidad de preguntar las señas.

103.

De *boulevard* Vaugirard.

Ella estacionó el vehículo.

—Tú me esperas aquí —dijo él.

—¿Desconfianza?

—Nada de eso, pequeña. Es que no me gusta ver a dos mujeres desenvolverse juntas.

—¡Ah! ¿Puede aceptarse como verdad?

Alzó él la diestra.

—Palabra.

—O. K. Te espero.

Mark Clarkson se apeó del vehículo.

Oteando el horizonte.

Sí, no muy lejos estaba la Gare du Montparnasse. El 103.

De *boulevard* Vaugirard.

Era un portalón estrecho y lóbrego con paredes sucias y llenas de desconchones.

En un recodo formado por la escalera al iniciar su ascenso hacia los pisos, estaba la puerta cristalera de la portería. De ella surgió ese espécimen que a Mark Clarkson siempre le cayera gordo: la portera.

—¿Dónde va *m'sieu*?

La portera del 103 de *boulevard* Vaugirard rebasaba, en largo, el pútrido concepto que Mark tenía de sus congéneres. Era una auténtica porqueriza ambulante. Desgreñada. Sucia y pringosa. Con nariz y ojillos de gustarle más el vino que a un tonto una gorra de cuadros. Llevando un vestido negro rebosante de mugre... mugre que es sinónimo de otro vocablo que también empieza con «m». Y mostrando unas piernas llenas de pupas, varices, cicatrices y, además, patizambas.

¡Una firma de Picasso, vamos!

—Busco a *mademoiselle* Veronique Darbois.

—¡Ah...! —Gruñó—. Esa guarra que se las da de señorita. ¡Menudo pingo! Tercer piso, segunda puerta.

—*Merçi*... lengua sucia.

Y echó escaleras arriba.

Tercer piso.

Segunda puerta.

Golpeó suavemente con los nudillos.

Y tras un leve y vivísimo taconeo, se entreabrió la hoja de madera.

—¿Quién es...?

—¿*Mademoiselle* Veronique Darbois, vive aquí?

Se abrió la puerta de par en par.

—Soy Brigitte Benoit, compañera de apartamento de Veronique. No... no me había hablado de que tuviese amigos tan apuestos.

Mark sonrió burlón.

—Ella es muy discreta en lo que hace referencia a «pantalones».

—¿Quiere pasar?

Miró a Brigitte. En orden su pelo color trigo tostado, peinado con gracia extraordinaria. Blusa de seda negra, complementada con unos ajustados pantalones color *whisky*.

—Sí...

Mark miró en torno a sí.

Obvio que en otro tiempo la estancia había sido el estudio de un pintor más o menos bohemio. Conservaba las grandes vidrieras orientadas a mediodía, pero era evidente que allí ya no pintaba nadie.

Daba gusto, sí.

Paredes en parte empapeladas, en parte decoradas al temple, combinadas con un gracioso sentido de la armonía. Muebles antiguos cuidadosamente restaurados, cortinas alegres, objetos de arte, cuadros, libros y lámparas.

—Actúo como cantante y como *strip-teaser* en el Il quarantaine (El Cuarentón). Siéntese...

—No, gracias.

—¿Tampoco una taza de café?

—Se lo agradezco, Brigitte —dijo Mark con cierto nerviosismo—. Pero es imprescindible que localice a Veronique lo antes posible. ¿Sabe dónde ha ido?

Se pellizcó ella la barbilla.

—Sí... al *aéroport d'Orly*; creo que a recibir a un viejo amigo suyo llamado David, que llega en el vuelo de las doce horas y treinta minutos, procedente de Casablanca.

—¡Gracias, Brigitte! —exclamó, besándola en la frente, el apuesto y rubio agente del SS norteamericano—. ¡Eres un encanto!

Y salió al vuelo de la estancia.

Ya a bordo del «Porsche» de Carol, ordenó imperativo:

—¡Al *aéroport d'Orly*!

—Okey, jefe —repuso ella, un tanto burlona.

Y sacó el estridente auto del estacionamiento, lanzándolo a una carrera veloz en busca del aeropuerto de Orly.

Doce horas y veintiocho minutos.

Exactamente cuando el aerodinámico «Porsche», color magenta subido, efectuaba su estacionamiento en la zona de *parking* del aeropuerto de Orly.

—Quédate al volante por si tenemos que salir a todo gas... —le dijo Mark a Carol—, y ten el motor en marcha.

Ella, siempre irónica, repuso:

—Lo que usted mande, mi general.

Mark, rápidamente, se metió en la sala de informadores gráficos y al primero que pilló desprevenido, tras sacudirle un «cate» que lo dejó *groggy*, le birló la cámara fotográfica.

Luego pasó cerca de las pistas de aterrizaje sin el menor impedimento.

El impresionante Caravelle azul y rojo emergió por entre la niebla del cielo parisino como una exhalación, dejando manifiesta constancia del poderoso rugir de sus turbinas.

El coloso de los aires, después de pedir por radio pista de aterrizaje a la torre de control, empezó a planear. Poco después su silueta fue haciéndose más y más visible para quienes, con impaciencia la mayoría, lo contemplaban desde tierra.

Enfiló al fin la pista, limitada por señales de pintura acrílica multicolor, en, donde debía efectuar el aterrizaje. Y minutos después enmudecieron los motores definitivamente.

Fue colocada la escalerilla y empezaron a descender los pasajeros.

Una pasajera, *vamp por todo lo alto, que llegaba a París desde Los Ángeles (Hollywood), precedida de una gran fama como... digamos actriz, acaparó la atención de los reporteros gráficos.*

Se trataba de una rubia auténticamente escandalosa, con un

vestido a través de cuyo escote se le podía adivinar el número de zapatos que calzaba, con una nariz respingona y unos labios muy enrojecidos, que sonreía descaradamente a los informadores.

—¿Estoy bien así, muchachos? —les preguntó en voz alta, mientras tomaba asiento en la barandilla circular de la escalera y cruzaba las piernas para descubrirlas hasta el escándalo, bastante por encima de unos prietos y bronceados muslos.

Los fotógrafos se limitaron a humedecer los labios con la lengua.

Tras ella, esperando, acababa de descender un hombrecillo de mediana estatura, enjuto, calvo, vestido de un negro riguroso. El hombre engaritaba entre los dedos de la diestra el asa de un maletín cuyo color jugaba perfecto con el de su vestimenta.

Mark, que se encontraba mezclado entre los informadores gráficos, supo, por ese especial sentido de la intuición que poseían los individuos como él, que se trataba de su hombre: David Haifa.

Entonces, aprovechando el confusionismo provocado por la rubia *vamp del séptimo arte*, *movióse uno de los autos situado en la zona de parking*.

Se trataba de un «Citroën-DS 19» de color azul azafata.

Una de cuyas ventanillas laterales, el cristal se entiende, descendió sin precipitaciones, para dejar asomar algo redondo, frío, cilíndrico, metálico... como el cañón de una metralleta.

La cual crepitó instantes después.

Vomitando escupitajos de plomo.

Entonando su mortífera salmodia.

El hombre del traje negro y maletín de igual color, que estaba en la escalerilla del avión, tras la *vamp*, *se dobló, materialmente segado en dos, convertido en un surtidor de sangre*.

—¡Déjenme pasar, soy médico! —Tralló Mark Clarkson, corriendo hacia el herido... mejor dicho, hacia el muerto.

Había salvado la escalerilla por encima casi de la estrella de Hollywood, precipitándose hacia el caído.

—¡Está muerto! —exclamó—. ¡Que llamen una ambulancia!

Pero, entretanto, las manos de Mark Clarkson, cruzadas por detrás del cadáver de David Haifa, habíanse hecho con el maletín, portando el cual voló hacia donde lo esperaba Carol.

—¡A todo gas, prenda!

—¿Dónde?

—De nuevo al 103 de *boulevard* Vaugirard.

—¡No hay quien te entienda!

—¡Vamos... paloma, vuela!

Carol, puso el auto en marcha, abandonando la zona de *parking* del aeropuerto de Orly.

De nuevo, frente al 103 del *boulevard* Vaugirard.

—Guarda este portafolios como si fuera una reliquia, cariño —le dijo el rubio a Carol.

—¡Eh... oye! ¿Me has tomado por tu ordenanza?

—No. Pero sí por mi compañera. ¿No quedamos en que trabajaríamos juntos?

Frunció ella el entrecejo de aquel rostro moteado por graciosas pecas. Exclamando, sin recatarse:

—¡Estaría bueno que me estuviese enamorando de ti!

—No te lo aconsejo, querida —dijo Mark, besándola tenuemente en la comisura de los labios al tiempo que abandonaba el «Porsche».

Se coló otra vez en el angosto y lóbrego portalón que correspondía al 103.

Sin tropezarse ahora con la nauseabunda portera.

Tercer piso.

Segunda puerta.

Descargó encima de la madera los nudillos de la diestra.

Unos instantes, y volvió a abrir Brigitte, exclamando:

—¡Vaya... esto sí es una sorpresa!

Aquel apuesto torreón de dorados penachos y negras pupilas, obsesionado —aunque él adujera toda clase de razones en contra—, con la «caza» de Bará Ben Aliyah, ni le prestó la más mínima atención a la *strip-teaser*.

Preguntó:

—¿Ha llegado ya Veronique, encanto?

—Sí —cabeceó la del cabello color trigo. Llamando—: ¡Veronique, *cherie*! Aquí tienes un amigo tuyo.

Veronique Darbois salió del otro lado de un biombo. Era... lo que tenía que ser una mujer como ella.

Hermosa hasta la saciedad, como no podía encontrarse otra, con el cabello azabache de tan negro y el rostro lleno de picaresca y provocativa belleza. Su cuerpo era de líneas sinuosas, curvilíneamente geométricas.

Por culpa de aquella mujer, él, Mark Clarkson, había enviado un compañero a la muerte.

—Hola... muñeca —pronunció fríamente el hombre.

—*Voilà, ma chéri!* ¡Cuánto tiempo sin saber de ti!

—Pues hemos estado a punto de cruzarnos en el aeropuerto de Orly —soltó Mark, con voz seca, áspera, dura.

Veronique, que sabía fingir a las mil maravillas, enarcó las cejas.

—No te entiendo, *cherie*...

—Ésta —Mark señaló a Brigitte—, me ha dicho que habías salido para Orly. ¿Quién se ha cargado a David Haifa, Veronique?

—Hablas un idioma muy raro, *morí petit amour*.

Se plantó frente a ella, soltándole un doble juego de sonoras bofetadas... que debieron ser un idioma «menos raro».

Trató de huir Veronique, pero Mark la atrapó de un brazo haciéndola girar en seco.

—¿Quién se ha cargado a David Haifa, Veronique? Es la última vez que lo pregunto antes de arrancarte la piel a tiras. ¿Me has comprendido?

Brigitte Benoit, confusa, había refugiado en un rincón.

Veronique Darbois, llorando y sollozante, repuso:

—Supongo que... que Dov Yarkoni, el «ejecutador» de la organización, para evitar que hablase contigo.

Mark sonrió duramente.

—Correcto. ¿Y por qué esperabas tú a David Haifa en el aeropuerto?

No dudó en responder de inmediato:

—Para facilitarle la lista de joyeros suizos a quién debe ser entregada la mercancía... diamantes y esmeraldas, que Haifa traía en su portafolios de contrabando, y que son uno de los sostenes económicos de la organización.

—Escupe la lista, prenda.

—Los tengo ahí... anotados, en un cuaderno del bolso.

—Voy contigo —sonrió el rubio.

Y fue.

En efecto, los llevaba anotados en un cuaderno del bolso.

Y leyó, en voz alta, mientras Mark tomaba nota:

—Yakob Jossi; 218 de la Route de Malagnou, Ginebra. Joshúa Gilboa; 438 del Pont de la Machine, Ginebra. Zev Arvi; 569 de la

Theater-platz, Berna.

—¿Son todos?

—Sí...

—¿Y a quién le pagan esos angelitos y quién les efectúa la entrega?

—Un francés llamado Alain Lamorisse, que disfraza sus ocupaciones en la organización detrás de una tienda de modistería y alta costura.

—Correcto, prenda. Vas a llevarme junto a él, pero... —Sacó la «Magnum», enroscándole el tubo silenciador—, como digas una sílaba más de lo que yo te ordene, te dejaré «seca»... ¡Palabra! Y ahora, ¡vístete!

La pelirroja Carol seguía al volante de su estridente «Porsche».

Mark, señalando a la morenaza *made in France* que traía con él, presentó sarcásticamente:

—Veronique Darbois... que llegó a robarme el sueño en otros tiempos. —Agregando—: Carol Garland, que trabaja para mí.

Subieron al auto.

—¿Dónde? —inquirió Carol.

—¿Cuál es la dirección que has dicho? —preguntó a su vez Mark a Veronique.

—818 de *boulevard* de Sebastopol. Está encima de la catedral de Nôtre Dame. ¿Sabe dónde?

—Okey, vampiresa —repuso Carol de mal talante—. Sé tanto de París como usted.

818.

De *boulevard* Sebastopol.

«*Modits avec danse couture, Alain Lamorisse*». Carol, como de costumbre, se quedó al volante. Mark y Veronique entraron en la tienda.

—¿Cuál es de ellos? —inquirió el rubio agente del SS americano, abarcando con la mirada cuántos habían tras del mostrador.

—Aquél... —señalaba uno de rostro moreno, delgado, de casi la misma estatura que Mark.

—Llámalo.

Eso hizo la morena.

Y cuando el tipo vino:

—Es Mark Garret —se había hecho sustituir es apellido—, encargado en adelante de entregar las joyas a Suiza. Ordenes de Dov Yarkoni por escrito.

—*C'est bien* —se encogió el otro, de hombros.

Y con unos breves saludos, Veronique y Mark salieron de la tienda.

Ya en la calle, él le preguntó:

—¿Qué hace Lamorisse cuando ha reunido la pasta?

—Lo ignoro.

—Bien. Dame su domicilio particular.

—112 de la rue de Belleville.

—Bien... —le sonrió él fría y ominosamente—, no voy a «liquidarte», como debiera hacer, Veronique. Pero si sueltas la «sinhueso» te garantizo que la «palmas». Y ahora... ¡largo!

Regresó él al interior del «Porsche» donde lo aguardaba la magnífica pelirroja Carol.

—¿Qué piensas hacer, Mark?

—Seguir por el camino que ya he comenzado... el de

introducirme en la organización. Luego me explicaré con mayor claridad y lujo de detalles. ¡Arranca!

112.

De la rue Belleville.

Mark Clarkson, el apuesto y rubio agente americano, con sus paradójicos ojos de intenso color azabache y sus ciento noventa centímetros, consultó el reloj de pulsera.

0,35 horas de la madrugada.

Movió la cabeza, en contraseña, hacia la mujer que se encontraba al volante del auto, quien respondió de igual forma.

Muy poco le costó forzar el cerrojo del portalón.

Luego, ayudado de una linterna sorda y sirviéndose de los buzones adheridos a un panel de la pared, se informó de una dirección: Alain Lamorisse, 4.^o, 3.^a.

Usó el arcaico elevador.

Siempre resultaba más práctico que andar haciendo crujir los peldaños.

Piso 4.^o.

Puerta 3.^a.

Con su variada gama de artilugios preparados al respecto, tampoco le planteó grandes dificultades el forzar esta puerta.

Se orientó, una vez dentro del piso, en la oscuridad. La acompasada respiración del durmiente le condujo hasta el dormitorio.

Segundos más tarde, un golpe... un gemido.

Unos momentos después, Alain Lamorisse era cargado en la parte posterior de un fabuloso cochazo marca «Porsche», color magenta.

—¿A dónde? —inquirió ella.

—25 de la rue Etex.

El aerodinámico vehículo se puso en marcha lanzado como un bólido.

—¿Dónde estamos? —preguntó la voz bien timbrada de Carol Garland.

—En un sótano que corresponde al 25 de la rue Etex, frente al Cimitière de Montmartre, que es propiedad de André Logan, aquel agente francés del SS norteamericano que se hace pasar por escritor bohemio y que nos facilitó el domicilio de Veronique Darbois.

—¡Ah...! ¿Y no crees que esa mujer suelta pueda ser un peligro?

—Tiene demasiado miedo —respondió él.

—Por eso precisamente —adujo la pelirroja Carol.

—No te preocupes... si es necesario la mataré —pronunció Mark con impasibilidad y sangre fría.

—¿Y ahora? —quiso saber Carol.

—Voy a convertirme en un duplicado de Lamorisse y hacer lo que él debía hacer. Tú, hasta que regrese a París, te encargarás por todos los medios, de que este hombre no salga de este sótano.

—¡Mark...! ¿Y sí...?

La espléndida pelirroja de rostro moteado por graciosas pecas, de ojos azules y brillantes... de cuerpo atractivo, se había acercado demasiado a Mark.

Y él, también instintivamente, la ciñó por la breve cintura con fuerza, estampando sus labios en los tibios y cálidos de ella.

Fue un ósculo apasionadamente largo.

Jadeó, después, Carol:

—Mark... ¿es el principio?

—Sí, muñeca. El principio de algo que presentí en el mismo momento de verte. Y ahora, sigue mis instrucciones y no temas, que nada ha de pasar. ¿Está en el portaequipajes del auto el portafolios que le birlé a David Haifa en el aeropuerto?

—Sí.

—Adiós...

Antes de responder, ella se colgó de su cuello.

Y tras un beso en «totalscope» y «panavisión», susurró:

—Buena suerte, querido.

A su llegada a Ginebra, el, en apariencia física, Alain Lamorisse, pero realmente agente del SS norteamericano Mark Clarkson, se hospedó en el lujoso y concurridísimo hotel Bern (tal como le había dicho el propio Lamorisse después de «atornillarlo» convenientemente), el cual ubicábase en el 347 de la Sentier des Saules.

El vestíbulo, geométricamente circular, era de auténtico ensueño. Con butacas, sofás y divanes, tapizados en oro y cuero repujado: con elegantes revisteros, espejos de costosas molduras doradas, consolas, mesitas ratonas, floreros y un alfombrado tan muelle que los pies parecían flotar sobre él.

Alain Lamorisse (de mentiras), se fue recto hacia el mostrador del *comptoir*, que componía un pequeño semicírculo de fórmica negra dentro del gran círculo que era el vestíbulo.

Con ademanes muy parisinos y grandilocuentes, dijo:

—Soy Alain Lamorisse. Reservé ayer habitación desde París.

El encargado de recepción se deshizo en reverencias.

—¡Oh... sí! *Oui, oui, m'sieu Lamorisse!* Su habitación está reservada. ¿Me permite el pasaporte?

Lo mostró con toda naturalidad.

—Perfecto, perfecto, *dexou* par grâce, ¿quiere firmar aquí? —Y le volvió el libro registro por la página correspondiente.

—¿Listo? —preguntó el falso Lamorisse una vez hubo firmado.

—*Oui, m'sieu.* Su habitación es la 125, tercera planta.

Hizo sonar un timbre.

—¡Botones! Acompaña al señor a la 125.

El botones quiso tomar el portafolios, pero Lamorisse «duplicado» no se lo permitió.

Se metieron en uno de los elevadores.

Hasta la tercera planta.

El muchacho abrió la puerta con el plano llavín, y el huésped puso una propina en el hueco de su diestra.

Una vez a solas, Mark Clarkson se despojó de la chaqueta, pero no de la careta de plástico y las lentillas de contacto, amén de cejas postizas y tacos en las fosas nasales, que le conferían el aspecto de Alain Lamorisse.

Dio un vistazo a la estancia.

No estaba nada mal.

Su pequeño *living con mueble-bar, dos butaquitas y una mesa, y la habitación con un par de amplios ventanales que daban al balcón o terraza.*

Sacó la «Magnum» de la sobaquera, asegurándose de que el «peine» estaba completo.

Se volvió de espaldas a los amplios ventanales.

Y fue entonces cuando oscilaron los ligeros y vaporosos cortinajes que cubrían aquéllos.

Mas, no a merced del viento precisamente.

Pero sí a la impresionante anatomía de un negro de los más grandes y caníbales que pudieran «fabricarse» en cualquier punto de África.

Se revolvió.

Y vio al negro, automática pavonada por delante, sonriendo sardónicamente.

—*Etá litio*, cochino espía americano.

Y lentamente, el dedo índice de aquel gorila humano de piel betún, fue cerrándose en torno al gatillo.

Los músculos del hombre del SS estaban en tensión como cuerdas de violín.

¡Bang!

Una décima de segundo antes de que el dedo accionara el gatillo.

Una décima de segundo antes, sí.

Ése fue el tiempo que invirtió Mark Clarkson en su salto espectacular, circense, en parábola, que lo llevó por los aires como impulsado por una fuerza misteriosa.

El negrazo, sorprendido por aquella maniobra tan hábil como inverosímil, se hizo atrás un par de pasos recobrando su posición de

tiro.

—¡Ahora, maldito! —gritó.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Mark, ahora, rebasó los límites de lo explicable.

Lanzóse en plancha, en *plongeon, horizontal, rígido e inhiesto como un pedazo de acero, circulando en posición inversa a los proyectiles y un centímetro y medio por debajo de éstos.*

Y sobre el mismo salto, Mark le aplicó un violentísimo trallazo en mitad del plexo solar, que obligó a «cara de chocolate» a soltar la automática y un aullido.

—¡Aaaaag!

Tenía todas las ventajas de su parte, por eso, recobrando la vertical en fracciones de segundo, le aplicó un doble golpe en ambos flatos con el canto de las manos.

Golpe durísimo de karate.

Boqueó el negro, recibiendo un trompazo en el mentón con la rodilla de su antagonista que lo catapultó contra una de las cristaleras, reduciéndola a añicos y pasando a la terraza hasta donde lo siguió Mark. Rebotó el fulano en la balaustrada, viniéndose hacia delante, para, visto y no visto, recibir un zurdazo que más de un boxeador lo hubiera querido para sí en plena boca del estómago.

De nuevo la intuición.

El metafórico espejo.

Aquel desarrollado sexto sentido.

Evitó que Mark cayera bajo el tremendo y demoledor culatazo que, otro negro, hasta entonces escondido pero que se había decidido a dar la «jeta» en vista de que las cosas no rodaban bien para su compañero de faenas... pues eso, que un rapidísimo escorzo evitó que la pesada culata de la pistola alcanzara la nuca de Mark.

Lanzó un punterazo con la izquierda, alcanzando de lleno su objetivo: el bajo vientre del segundo negro.

—¡Perrooooo!

El otro, que intentaba recuperarse, recibió ahora un «leñazo» muy fuerte en mitad del rostro; tanto, que su espalda se dobló siguiendo el curso de la balaustrada para precipitarse desde un tercer piso al asfalto.

Se oyó el eco fantasmagórico de su grito alucinante:

—¡¡¡Aaaaaaaaaaaaaah!!!

Mark, no podía andarse con ternezas.

Sin dejar que su segundo enemigo se recuperase, lo puso fuera de combate con un trallazo aplicado en la nuca con el canto de la zurda.

Inmediatamente se puso la chaqueta, tomó el portafolios, y por la escalera de emergencia abandonó el hotel.

Esta vez no tuvo problemas... problemas interiores de alojamiento.

Lo hizo en el Lausana Hotel, donde le fue asignada la habitación 217 de la quinta planta.

De inmediato, puso una conferencia con París.

Tras unos segundos de espera:

—¡Carol...! ¿Eres tú?

—¡Sí, Mark! ¿Cómo va todo?

—Bien —mintió él—. Lo único que he modificado en el proyecto es el hotel donde solía hospedarse Lamorisse, para prever visitas inoportunas; ¿comprendes?

—Sí, cariño.

—¿Está seguro el «pájaro»?

—Atado y amordazado en la bodega-sótano del 25 de la rue Etex.

—Perfecto. Mañana empezaré el trabajo... ¡que esta maldita vez sí ha de conducirme a Bará Ben Aliyah!

—Tu obsesión, ¿no?

—Carol... ¡No empieces como Jerry Carter!

—Correcto. ¿Dónde te hospedas?

—En el Lausana Hotel, habitación 217. Por supuesto, Alain Lamorisse. ¿Entiendes?

—Okey. ¡Cuídate!

—¡Y tú, pelirroja!

Se cortó la comunicación.

Efectivamente, de buena y soleada mañana, empezó el trabajo.

Un taxi le condujo a:

—218 de la Route de Malagnou.

Fueron diez minutos de carrera y el descenso lo efectuó en un

barrio que tenía algo de señorial y aristocrático.

La joyería estaba enfrente de donde le dejara el taxi.

Dos escaparates de cristal forrados con terciopelo... ¡y desde luego las delicias de cualquier mujer, empezando por la mía!

El falso Lamorisse, con aire severo, penetró en el establecimiento.

Había tres mostradores —uno frontal y dos laterales—, de vidrio transparente, que lucían joyas y alhajas de todos los calibres.

Un dependiente acudió presto a atenderlo:

—¿Qué desea, señor?

—¿Está *m'sieu* Yakob Jossi?

—Sí... —Cabeceó el otro—, ¿a quién debo anunciar?

—*Monsieur* Alain Lamorisse.

Pocos segundos después fue hecho pasar a un despacho ostentoso, aunque, en verdad pequeño, con muebles de caoba y cortinajes de tupido terciopelo granate.

Tras el escritorio había un tipo menudo y «mal construido», con unos lentes arcaicos y nariz roma, que no podía negar que era judío por los cuatro puntos cardinales.

El falso Alain Lamorisse —de acuerdo con las instrucciones recibidas del verdadero—, soltó con flema y naturalidad:

—Esta vez son ciento cincuenta mil dólares en esmeraldas y cien mil en diamantes.

Yakob Jossi, meneando la cabeza de un lado para otro, dijo:

—Comunique a sus jefes que ésta es la última vez que se efectúa la transacción, si los precios no descienden a unas tarifas más asequibles. Hay que pulirlos, trabajarlos...

—Bien, ya lo comunicaré, *m'sieu* Jossi —cortó Lamorisse «duplicado»—. Y ahora, ¿quiere proceder a la entrega de los doscientos cincuenta mil dólares?

El joyero extrajo un pequeño, pero ancho portafolios, que por lo visto ya tenía preparado.

—¿Quiere comprobarlo, *monsieur* Lamorisse?

—Sabe que nunca lo hago. La organización se fía de usted.

Tras estas palabras, y una vez entregada la «mercancía», tomó el nuevo portafolios y salió del despacho para hacerlo posteriormente del establecimiento.

La segunda operación, a realizar en Ginebra —Joshúa Gilboa;

438 del Pont de la Machine—, fue por el mismo importe. No presentó el menor de los inconvenientes.

Tenía en su bolsillo... ¡quinientos mil dólares de la organización de Bará Ben Aliyah!

Un hombre que, aunque él tratase de engañarse... era el motivo de su persecución obsesiva.

Próximo y último punto de destino: Berna.

Los ferrocarriles suizos eran una auténtica maravilla.

De Ginebra a Berna, el recorrido, de acuerdo con el trayecto establecido de antemano, podía variar de uno a dos minutos... ¡como máximo!

Berna, capital de la Confederación Helvética y del cantón homónimo, con unos ciento sesenta y cinco mil habitantes, se encontraba pintorescamente enclavada sobre una prominencia que asomaba a los Alpes berneses. Estaba casi rodeada por el valle del Aar, cruzado éste por varios puentes, que contribuían notablemente a hacer dos Berna, de una: la antigua y la moderna. Meca del turismo internacional, se dice de Berna que es la ciudad más bella del país, con sus callejuelas y edificios medievales, etc.

Pero Mark Clarkson, no estaba allí para extasiarse con las bellezas arquitectónicas de la ciudad, sino para acudir a la última cita: Zev Arvi; 569 de la Theater-platz.

Tomó alojamiento en el Zürich Hotel, que se ubicaba en el 756 de la Spital Gasse, y aguardó en su habitación a que llegase el momento oportuno.

El mismo conserje del Zürich Hotel, muy amablemente, se encargó de tenerle un taxi.

Inquirió el chófer:

—¿Adónde vamos, señor?

—Al número 569 de la Theater-platz.

—Correcto.

Fue un recorrido cuya duración no rebasó los quince minutos.

—Aquí es, señor.

Abonó el importe de la carrera, propina incluida —lo de la propina es la única palabra en esperanto que se entiende en todos los países del mundo—, saltando a tierra al tiempo que oteaba el

horizonte.

En la Theater-platz destacaba poderosamente, por su valía arquitectónica, el edificio... vaya a saberse de qué siglo, pues Mark no entendía de eso, de la *Tour* de l'Horloge.

La relojería y joyería, aunque no era de las más distinguidas, también se hacía notar lo suyo.

Mark, con aquel aire impecable francés adquirido últimamente, penetró en el establecimiento.

—¿Qué desea? —le preguntó un obsequioso y atento dependiente.

—Hablar con el señor Zev Arvi.

—¿De parte de quién, por favor?

—*Monsieur* Alain Lamorisse.

—Un momento, *de our grâce, m'sieu* Lamorisse.

Y se retiró hacia la trastienda, que estaba separada del local de ventas por unos tupidos cortinajes.

Regresó apenas un par de minutos después:

—Por favor, *m'sieu* Lamorisse.

Fue conducido a un despacho, esta vez mucho más ostentoso y señorial que el de los dos joyeros anteriores que había visitado. Éste, además, era librería, y tres de las paredes estaban cubiertas por costosas estanterías, trabajadas en nogal con molduras difícilísimas, conteniendo todas ellas gran cantidad de gruesos volúmenes con lomos encuadernados en tela y oro.

Al fondo, una pesada mesa de caoba, con escribanía de cuero repujada, bordeada en hilo de oro, y, frente a aquélla, un par de mullidos y comodísimos butacones.

—Tenga la bondad de pasar y sentarse, *m'sieu* Lamorisse —le invitó el individuo que estaba sentado tras la mesa.

Era poca cosa, con aspecto anémico, calvo, con perilla y pinta de haberse pasado mucho tiempo en algún *ghetto* [2] de Polonia, Rusia, o Alemania.

Mark Clarkson avanzó, en su papel de Alain Lamorisse, hasta tomar asiento en uno de los mullidos butacones que había frente a la regia mesa.

—¿Qué tal, *m'sieu* Lamorisse?

—Aproximadamente lo de siempre, señor Arvi. Esta vez son ciento cincuenta mil dólares en esmeraldas y cien mil en diamantes.

Zev Arvi sonrió sardónicamente.

Y dijo, con aire entre burlón y cínico:

—De los cuales... ¡no pienso pagar ni un centavo, porque, sin saberlo, ha ido usted demasiado lejos, míster Mark Clarkson del SS norteamericano! Consiguió usted engañar a Yakob Jossi y Joshúa Gilboa... pero aquí, las órdenes de Dov Yarkoni han llegado antes... que el falso Alain Lamorisse.

Mientras hablaba, había ido pulsando un resorte oculto en la moldura del reborde inferior de su mesa, de forma que una parte de la pared, a su izquierda, cediera, apareciendo dos individuos, automática con silenciador por delante.

—¡Duro con él, Gerald y Roger! —les gritó el judío joyero.

Gerald Magbo y Roger Newell, *killers* de profesión, se dijeron para sí mismos que nunca les habían presentado un «trabajo» tan en bandeja.

Pero la erraron por la mitad.

Por no saber con quién se la «jugaban».

Mark, como si tuviera muelles en las posaderas, salió disparado hacia arriba, efectuando un doble salto mortal hacia atrás, cuando sonaba el...

¡Ploc! ¡Ploc! ¡Ploc! ¡Ploc!

... yendo a caer tras la butaca milésimas de segundo antes de que los proyectiles silbaran rabiosamente donde estuviera su cabeza.

«Magnum» en ristre.

Asomó unos segundos... los suficientes para clavarle a Gerald Magbo un balazo, certero, entre las cejas.

Roger Newell trató de cambiar de posición, que es exactamente lo que Mark esperaba que hiciera.

Dos proyectiles le horadaron la nuca, dejándolo lo que se dice «seco» en el acto.

Un par de fulanos más aparecieron por detrás de Mark, procedentes de la puerta de entrada del despacho.

Pero uno cometió el error de no poderse contener, exclamando:

—¡Es nuestro!

Sucedió que Clarkson, quien parecía complacido con sus evoluciones circenses, tomó un extraño e inverosímil impulso hacia adelante, cruzando en arriesgado y peligrosísimo zigzag el auténtico

aluvión de plomo que sobre su cuerpo enviaban los recién llegados.

Pero al rehacerse, tomando la vertical en menos... muchísimo menos tiempo del que se invierte en narrarlo, no tuvo inconveniente alguno en acribillarlos sin compasión.

Luego, de un brinco, saltó hacia la mesa, atrapando por la corbata al Zev Arvi, que trataba de «largarse».

Le «sopló» un par de «natas» en mitad de su cara de rata.

—¿Quién te advirtió, cerdo?

El judío daba pena.

—¡Te... te juro que fue... fue por teléfono! Se identificó como Dov Yarkoni y nos... nos advirtió de que vendría un Lamorisse falso...

—Al que había que liquidar, ¿eh? Muy bien. Pues has fallado, judío asqueroso. Y ahora... ¡suelta la «pasta»! Son doscientos cincuenta mil dólares.

—Pero... —tartajeó.

—¡Suéltalos, o te coso a balazos! —exclamó Mark, agitando la «Magnum», que seguía sosteniendo en la diestra.

Procedió a abrir la caja de caudales que había tras de un cuadro.

Y... procedió a efectuar el error de siempre: la pistola.

Mark, impávido, le clavó un balazo en la nuca.

Tomó los doscientos cincuenta mil... pensando en que si Alain Lamorisse seguía estando bien sujeto, la única que podía haber «cantado» era Veronique Darbois.

Eso no iba a tardar en comprobarlo, porque de Berna a París.

Aquella misma tarde tomaba el *Jet*

DC-8,

de las 16,45 horas, rumbo al aeropuerto de Le Bourget.

Sonriente... porque estaba a mitad de camino de su persecución obsesiva.

25.

De la rue Etex.

Frente a una de las tapias del Cimitière de Montmartre.

En el sótano.

—Buen trabajo, Carol. ¿Le has dado algo de comer?

—Lo imprescindible, por si te interesaba que «cantase» algo —respondió la pelirroja con una sonrisa.

—¡Ya lo creo que me interesa! —exclamó el rubio agente del SS.

Y acto seguido, Mark Clarkson, que ya se había despojado de los «anexos» que le conferían la apariencia física de Alain Lamorisse, desató al verdadero, el cual se sostenía en pie por auténtico milagro.

No obstante, Mark, para ayudarlo a ponerse en forma, le sacudió un zurdazo en mitad del plexo que lo hizo boquear para, acto seguido, clavarle la rodilla en el rostro y empotrarlo en la húmeda pared del sótano.

—¿Qué tal te sientes, Lamorisse? —inquirió burlonamente.

El otro, resbalando por la pared, se arrugó en tierra como un acordeón.

Jadeaba al respirar.

—¿A quién le remitías la pasta, después de haber cobrado de los joyeros?

Se limpió el hilillo de sangre que le manaba por los amoratados labios.

—Lo... —balbució—, lo enviaba, por giro telegráfico, a Omar Abdel Fassis, en Casablanca.

—¿Señas de Ornar, buen pájaro?

—118 de la Avenue Hassan Soukiani.

—¿Estás seguro de no equivocarte, Lamorisse?

—Se... segurísimo.

—Bien.

Clarkson se encargó de amordazarlo y maniatarlo de nuevo, para, después, abandonar el sótano-bodega en compañía de Carol.

12

Carol Garland se puso al volante del coche.

—¿Dónde ahora?

—Al 103 de *boulevard* Vaugirard.

Ella, enarcando sus pelirrojas cejas, inquirió:

—¿Otra vez ahí?

—Sí —repuso Mark con fría sonrisa—. Tengo la impresión de que nuestra amiga Veronique Darbois se ha ido de la lengua. En Berna han estado a punto de «cazarme».

—Okey.

Puso el aerodinámico vehículo en marcha.

103.

De *boulevard* Vaugirard.

—¿Me espero aquí, como de costumbre? —interrogó Carol, con cierta ironía.

—Okey, preciosa. Sería poco agradable lo que vieras ahora.

Y dicho esto, Mark Clarkson saltó del coche.

No se tropezó en el angosto portal con la patizamba portera de greñas mugrientas.

Tercer piso.

Segunda puerta.

Golpeó la hoja de madera con los nudillos, suavemente.

Abrió Brigitte, la del cabello color trigo tostado y su ceñida blusa negra de seda, sin hacerse esperar en absoluto.

—¡Hola... *cherie*!

Mark le sonrió con frialdad.

—¿Está Veronique?

—Creo que...

El rubio agente del SS, apartando a Brigitte Benoit de un manotazo, se coló en la estancia, empezando a registrarla.

Encontró a la morena Veronique, con un traje de esos que cuando se rompen se zurcen con mercromina, tras el biombo que delimitaba su habitación-dormitorio.

—*Bon soir, ma petite chérie*. ¿Te sorprende verme? Estaba pálida.

Lívida como un muerto.

—¿Te sorprendes?

—Yo... —articuló—, te creía...

—Me creías acribillado a balazos en el despacho del joyero de Berna, Zev Arvi. ¿Verdad?

—No...

La bofetada fue de auténtica época.

—¿A quién le «cantaste»?

—Yo no...

La cortó:

—¿A quién, Veronique?

—Dov... Dov Yarkoni me llamó por teléfono. ¡Tuve que decirle la verdad!

—¿Dónde para Yarkoni ahora?

—¡Te juro que lo ignoro!

Bofetada que te crió.

—¡Ha ido a Casablanca! —habló al fin, impuesta de que Mark se proponía destrozarla—. Creo que a eliminar al enlace que Lamorisse tenía allí.

—Procura no equivocarte ni mentirme esta vez... ¡la próxima te mato!

—¿Y ahora? —preguntó la sugestiva pelirroja, que estaba al volante del aerodinámico «Porsche» color magenta.

—A las oficinas de Air France —repuso él, saltando al interior de un brinco.

—Pero... ¿qué te propones ahora, Mark?

—Ir a Casablanca.

—¿En busca de la muerte?

—O de la solución definitiva.

No hablaron más.

Ella puso el «Porsche» en marcha.

Les atendió una azafata de tierra, muy cordial.

- Bon soir, *madame*... m'sieu. ¿*Qué desean?*
- ¿Cuál es el primer vuelo de Air France para Casablanca?
- Veintiuna horas y quince minutos, *m'sieu*. ¿Dos plazas?
- Sólo una.
- ¡Vaya...! ¡Está visto que sólo te sirvo para chófer!
- Y de los buenos —sonrió él, pellizcándole la mejilla.
- Aguardaron la hora de salida en el propio aeropuerto de Orly.

Aeropuerto de Casablanca, a la una horas y quince minutos de la madrugada.

Apenas podía ahora admirarse nada, como no fuera el multicolor y polícromo iluminado aeropuerto de aquella ciudad cuyo nombre originario era Villa Hongo.

Veinticinco kilómetros tan sólo separan Mohammadia de Casablanca, la capital comercial e industrial de Marruecos (traducción literal de su nombre al español o viceversa, para mejor entendemos: Dar el Beida); tiene una superficie casi igual a la de París y su población se aproxima a la de las novecientas mil almas.

Casablanca no deja de crecer y asombra por su actividad de ciudad industrial. Edificios modernos contruidos según las normas de la nueva arquitectura colindando con construcciones que evocan un pasado, al mismo tiempo que cercano, anacrónico. El parque de la Liga Árabe, con sus anchas avenidas, dota el centro de la ciudad de un extenso campo de verdor.

El mar ofrece también sus placeres; a la enorme piscina municipal, que se alimenta de agua del mar, se añaden cantidad de pequeñas piscinas y playas instaladas sobre la costa cercana, en especial, de Ain Diab, al pie de la colina Anfa, en donde se encuentran las más hermosas propiedades de la ciudad, rodeadas de árboles.

Pero a la una horas y quince minutos de la madrugada no puede contemplarse apenas nada de ese espectáculo; aunque Mark Clarkson, aunque hubiesen sido las doce del mediodía, al igual que le ocurriera en Berna, no estaba allí para extasiarse contemplando las bellezas naturales y arquitectónicas del país.

A la salida del aeropuerto tomó un taxi.

—¿Dónde le llevo, *sidi*?

—Al Hotel Suisse. ¿Sabe la dirección, no?

—¡Por supuesto, *sidi*!

Tomaron la pulida carretera de negro, brillante y pulido asfalto, que conducía hasta el centro de la ciudad.

Casablanca.

Lo que podía ser el término... *de una persecución obsesiva*.

—Hemos llegado, *sidi* —*dijo* el taxista, aplicando el freno.

Abonando la carrera que es gerundio, con la consabida «propi», y a tierra.

El edificio era lujoso.

Se ubicaba en el 88 del *boulevard* Corniche.

Fantástico vestíbulo, con más luz que el teatro de la ópera de Milán. Sí, ya lo sé, se llama Scala de Milán.

Clarkson se fue recto al *comptoir*.

Y tras presentar su pasaporte y estampado la firma de reglamento, le dijo el encargado de recepción:

—315 de la cuarta planta, señor. —Y agregó—: ¡Botones! ¡El señor a la 315!

Vino el pillete de uniforme, que se coló junto a Mark en uno de los elevadores.

Por lo que llevaba visto hasta el momento, el Hotel Suisse era el *súmmum* de la confortabilidad.

Pasillos alfombrados con espuma, en los que brillaban pilotos azules o rojos, consolas, silencio...

—Habitación 315, *sidi*.

La «propi»... que no sé qué verbo es.

Entró, cerrando.

Se puso cómodo en el amplio *living* que precedía al dormitorio, *fumándose un pitillo con tranquilidad*.

Bueno, eso de la tranquilidad...

—¡Las manos al cielo, Mark Clarkson!

Tiró el pitillo y obedeció con lentitud para que el que había detrás no confundiera ninguno de sus movimientos y le diese al gatillo.

Pero lo de la lentitud no pasó de ser una añagaza como otra cualquiera.

Se revolvió como una exhalación, al tiempo que se lanzaba en plancha hacia su diestra, desenfundando la «Magnum».

Al otro lo pilló por sorpresa.

¡Ploc! ¡Ploc!

Efectuó un par de disparos con pistola provista de silenciador.

Pero no llegó a efectuar el tercero, porque Mark, de un certero balazo, le arrebató la automática de la mano, limpiamente, sin causarle la menor herida.

—¡Quieto, buitre! —le sonrió ominoso.

El fulano, de cara cetrina, pero no marroquí, más bien mezcla de europeo e indígena, permaneció indeciso.

—No hagas tonterías, porque te vuelo la cabeza, ¿eh? ¿Estás en el caso?

Cabeceó afirmativo, engullendo saliva.

—¿Cómo me has localizado?

—Yo...

Un balazo escupido por la «Magnum» le encrespó el cabello.

—Quiero respuestas concretas —dijo Mark, autoritario—. ¿Cómo me has localizado?

Volvió a engullir saliva, pero:

—Abdallah Ben Yacine me ha proporcionado una fotografía de usted, diciéndome que lo esperara en el aeropuerto y luego lo siguiera. Cuando he sabido la habitación que le asignaban, simplemente, me he adelantado...

—¡Vaya, qué eficiente!, ¿eh? Ahora, háblame de Abdallah Ben Yacine.

El de cara cetrina volvió a engullir una buena dosis de saliva.

—Yo... sé poca cosa de él. Trabaja para gente gorda...

—Y tú te encargas de liquidar a los que estorban a esa gente gorda, para quien trabaja el amigo Abdallah Ben Yacine, ¿eh?

—¡Le juro que no pensaba matarlo!

—¡Ya...! Sólo me ibas a dar un sustito, ¿eh?

—¡Le juro...!

—¡Cierra el pico, cerdo! —Tralló Mark. Inquiriendo acto seguido—: ¿Dónde puedo localizar a Abdallah Ben Yacine?

El otro pareció que dudaba en la respuesta.

—¿Quieres que te abra un «ojal» en el estómago? ¿Dónde?

—¡En su cafetín!

—¿Cuál cafetín?

—El que posee en una de las calles del Zoco Viejo.

—Nombre y señas.

—Cafetín del Sidi Morob. Rue de Fez, 25.

—Correcto. Vuélvete de espaldas.

Obedeció con presteza.

Y Mark lo dejó sin sentido de un contundente culatazo, sacándolo luego a la terraza.

Se preparó para la nueva «fiesta».

El Zoco Viejo.

Las calles olían mal.

A mezcla de escombros, orín, excrementos, animales muertos en estado de putrefacción y toda clase de porquerías y basuras no imaginables.

El ambiente de aquel barrio misterioso y sombrío, mezquino y angosto, último baluarte de una civilización que en su cénit encontrara el ocaso, era tan denso y agobiante como lo fuera dos años atrás.

La vida de aquellos seres podía decirse que seguía igual.

La lucha por la subsistencia seguía siendo tan primitiva como en antaño, que se remontaba a un vacío de siglos.

Parecía imposible que al otro lado, no muy lejos, pudiese existir una Casablanca tan diametralmente opuesta.

Una Casablanca alegre, bulliciosa y cosmopolita, agitada y febril, que vivía al mismo ritmo que cualquier ciudad del otro continente.

Un contrasentido.

Un violento contraste que se hacía difícil de creer aun recorriendo las callejuelas de trazado laberíntico que componían el Gran o Viejo Zoco de Casablanca.

Era una antesala fétida, un mundo podrido y maloliente, que había servido de inspiración a cientos de escritores.

Un chiquillo medio desnudo, que corría alocado, luciendo en sus esqueléticos brazos collares, pulseras y baratijas, tropezó con Mark violentamente.

—*¡Sidi, sidi!* ¿Quieres una?

—*Chifale, chifale haluf*[3] —le gritó un tipo de largas barbas que escondía su cuerpo en el interior de una mugrienta chilaba.

Mark prosiguió su camino.

Y, por fin, rue de Fez.

Buscó el número 35.

Pertenecía a uno de aquellos clásicos cafetines moros, semieuropeos-semimarroquíes, donde a derecha e izquierda se colocaban unos y otros.

Se fue al mostrador en forma de media luna, donde hervía ininterrumpidamente una tetera con cuya agua, azahar y hierbabuena se preparaba la infusión favorita de los moros.

—¿Sidi Abdallah Ben Yacine? —le preguntó al que estaba tras del mostrador.

—¿Para qué quererlo?

—Me envía Dov Yarkoni —mintió Clarkson aplomadamente.

—Sígueme.

Por la trastienda pasaron a un patio de paredes calcinadas donde florecían los naranjos.

Luego, a una especie de pequeño morabito.

Paredes de auténtico mármol de Carrara con grabados que reproducían inscripciones del Corán; canapés de oro y plata, mesitas orientales... y un tipo gordo.

—¡Hola, Abdallah!

—¿Quién eres?

—Has debido ver la fotografía que enseñabas a tu asesino, ¿no? Soy... Mark Clarkson.

Se incorporó de un salto, yendo hacia atrás.

—¡Nooo!

—Sí... —sonrió fríamente el agente del SS norteamericano—, y vengo dispuesto a liquidarte.

—¡No...! ¡Te daré lo que quieras!

—Bien, entonces... ¿dónde está ese brazo ejecutor de la organización que se llama Dov Yarkoni?

Trémula su adiposa y flácida barriga, repuso en tartajeo casi cómico:

—En... ha ido... En... ha ido a por Ornar Abdel Fassis.

—Gracias.

Y al mismo tiempo que se mostraba tan cortés, le pegó una patada en la boca del estómago para que, cuando boqueaba, pudiese cazarlo en un perfecto golpe de karate y dejarlo inconsciente para unas cuantas horas.

Sonriéndole al *barman*, abandonó el *cafetín* de Sidi Morob.

En cuanto puso los pies fuera del Zoco Viejo detuvo un taxi.

—¿Dónde vamos, *sidi*?

—Al 118 de la Avenue Hassan Soukiani. ¡Tienes tres veces el importe si me llevas en tiempo récord!

—*Ie, sidi. ¡Ie, sidi!* [4] —exclamó el taxista.

Como que bicocas de aquella pasta no se presentaban todos los días.

Desde luego, hizo un tiempo más que récord.

Siete minutos exactos, ni más ni menos.

El 118 de la Avenue Hassan Soukiani estaba situado en las afueras de Casablanca, casi en el mismo principio de la carretera principal que conducía a Mohammedia.

Y el susodicho número correspondía a una pequeña torrecita o chalet, en cuyo diseño arquitectónico se adivinaba desde lejos la huella francesa, compuesto de planta baja y un piso.

Se hallaba rodeado de un pequeño jardín al que circundaba una valla, esta última más para adorno que para obstáculo de quien deseara colarse en el edificio subrepticamente.

Mark Clarkson procedió con infinita cautela.

Trepando por uno de los arbustos del jardín, se encaramó a la balaustrada del piso superior, no hallando demasiada dificultad en forzar uno de los ventanales.

Tuvo suerte, ya que la habitación elegida no estaba destinada a dormitorio.

Salió a un corredor sumido en tenue penumbra.

Y por él atisbo al que corría paralelo, debajo.

Una habitación tenía las luces encendidas, puesto que por debajo de la puerta escapaba un rayo luminoso.

Además, llegaba el murmullo de voces.

Buscó la escalera.

Alfombrada, para su fortuna, y silenciosa.

Extremando las precauciones, avanzó por el corredor de abajo, en dirección a la puerta de donde brotaban la luz y las voces.

Se inmovilizó, ya casi junto a la jamba.

Pudiendo escuchar con toda nitidez:

—Bará Ben Aliyah ha decidido prescindir de tus servicios. Omar. Hay un agente del Servicio Secreto norteamericano sobre tu pista.

—¿Y qué puede probar con el... «estar sobre mi pista»?

—Pueden complicarse las cosas, y Bará no quiere complicaciones. Hasta hoy, los diamantes y esmeraldas que tú mismo sacabas de contrabando a través de David Haifa, y cuyo dinero volvía a ti, para llegar finalmente a Bará Ben Aliyah, convirtiéndose en el verdadero sustento de la organización... es un sistema que aun siendo complicado y sinuoso ha caído en lo arcaico.

—¡Entonces...! ¿Qué pretendes que haga, Dov?

Un breve silencio y la glacial respuesta:

—Apartarte de la organización.

—¡Eso no puede ser!

—Sí que puede ser, Ornar Abdel Fassis. Y puede ser, porque traigo instrucciones concretas del propio Bará Ben Aliyah.

—¿Qué instrucciones, Dov?

—¿No las adivinas, Omar? Instrucciones para eliminarte.

—¡Maldito!

Fue entonces el momento elegido por Mark Clarkson para entrar en escena.

Aunque su cálculo se retrasó unas fracciones de segundo... las precisas para que Dov Yarkoni, aquel enigmático brazo ejecutor de la organización del no menos enigmático Bará Ben Aliyah, le clavase dos proyectiles en el pecho a Omar Abdel Fassis.

—¡Aaaaag!

Se volcó sobre la mesa escupiendo sangre a borbotones.

Dov Yarkoni y Mark Clarkson, durante unas fracciones de segundo, se miraron.

Llevaban escrito en sus ojos que la lucha sería a... muerte.

—¡Por fin, perro americano!

—¡Cerdo semita!

Dov cambió la trayectoria del cañón de su automática.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

El espacio era prácticamente imposible, inverosímil, para evitar aquellos tres balazos a boca de jarro, a quemarropa.

Pero Mark se jugaba tanto en aquella baza decisiva... se jugaba la última oportunidad de dar fin a su *persecución obsesiva*, que en un auténtico alarde infrahumano, confirmando y realizando lo imposible, pegó un brinco escapando por milésimas de milímetro a la trayectoria de los proyectiles, para saltar al otro lado de la mesa donde yacía Omar Abdel Fassis.

De nuevo, Dov Yarkoni modificó la trayectoria del cañón de su automática.

Pero esta vez, Mark Clarkson, el portentoso rubio del SS americano, ya estaba por los aires.

Le estampó la cabeza en el centro de la boca del estómago.

—¡Aaaaay! —bramó el judío, soltando al mismo tiempo la pistola.

Mark, sin darle un segundo de tregua, le machacó el rostro de un derechazo al tiempo que le incrustaba la izquierda en el hígado, para, al hacerlo boquear, estrellar su rodilla contra el mentón del otro y estrellarlo contra la pared.

Suponía tenerlo listo.

Pero, de súbito, una daga de marfileño mango apareció, refulgente la pulida hoja de acero, en la diestra de Dov Yarkoni.

—¡Maldito *yankee*! —rugió, inyectados los ojos en sangre.

El acero trazó un rapidísimo zigzag.

Y Mark, por la proximidad de la mesa contra su espalda, sólo pudo hacer lo que hizo.

Aplicar una contrapresa de judo, doblar la muñeca que empuñaba la daga... y hacer que la afilada hoja de acero se incrustase en el abdomen de Dov Yarkoni.

Se mesó los cabellos desesperadamente.

¡Aquello sí que era el fin!

Dov Yarkoni, el único hombre que podía conducirlo hasta el humano motivo de su... *persecución obsesiva*, estaba allí, muerto... muerto por su propia mano.

Prendió un pitillo.

Mientras exhalaba tupidas y olorosas bocanadas de humo, una pregunta martilleaba sus sienes incesantemente... un interrogante

explotaba contra las paredes de su cerebro: ¿de qué había servido todo?

De nada.

Estaba como al principio... ¡peor que al principio!

Ahora, sin una sola pista que pudiera conducirle jamás a descubrir la identidad de Bará Ben Aliyah.

Tiró el cigarrillo al suelo, pateándolo con rabia.

¿Qué menos que registrarle las ropas, no?

Jerry Carter, el pivote del Servicio Secreto norteamericano para Europa y Mediterráneo occidental, en su habitación, como siempre, estaba con un pantalón gris y chaqueta de pijama amarilla.

Mark, con las manos hundidas en los bolsillos, paseaba de un extremo a otro de la salita.

—¡No será que no te lo advertí! —exclamó Jerry, moviendo el índice de la diestra en el aire—. ¿Eh?

—¡Sí, diablos, me lo advertiste!

—Y aún has tenido suerte, Mark. Porque te dije que el camino que tú elegías conducía a un callejón con dos únicas salidas: una, el puntapié en las asentaderas, como mal menor; otra, morir achicharrado en cualquier callejón.

La pelirroja Carol, en medio de un silencio expectante, los contemplaba a ambos.

—¡Y has tenido suerte! —siguió exclamando Jerry Carter—. Porque te has librado de morir achicharrado a balazos en cualquier callejón... y cubriéndote yo las espaldas, de cara a Washington, te has librado del puntapié en las asentaderas. ¿Qué piensas hacer ahora, de todas formas?

El altísimo y rubio agente de profundos ojos negros, con los hombros tan hundidos como tenía las manos en los bolsillos, se puso un pitillo entre los labios y, tras prenderlo, repuso:

—¿Hacer...? Lo que hacen todos los fracasados, Jerry. Largarme.

—¡Tú no has fracasado! —Casi chilló Carol.

—Te lo agradezco, pequeña. Pero yo sé que sí... y no existe nada peor que engañarse a sí mismo. Debí hacerte caso en un principio, Jerry.

—Creo que más te hubiera valido. Aunque no dejo de reconocer que has desarticulado una buena parte de los efectivos de Bará Ben Aliyah.

—No era ese mi objetivo.

—Lo sé... —musitó Jerry Carter, inclinando la cabeza.

—¿Podrías volver a Washington, no? —intervino Carol, esperanzada.

—¿Para qué...? —sonrió él amargamente—. Para que los estrategas de pizarra y bolígrafo se me echen encima como buitres hambrientos de carroña. No, muñeca, no es ése el camino.

—Entonces... —musitó ella, anhelante—, ¿adónde piensas ir?
Se encogió de hombros.

—No sé...

—¡Mark!

—De veras que no lo sé, linda. A cualquier lugar.

—¡Mark... Mark...! —exclamó Carter, paseando furiosamente—.
¿Por qué no me hiciste caso?

Sonrió el rubio.

—Por ese curioso fenómeno que nos impide a los jóvenes escuchar los consejos u oratorias de todos aquellos que nos avanzan en edad.

—¡No es momento de filosofar!

—Pero sí de llamar a las cosas por su nombre. Empecé... *la persecución obsesiva* de Bará Ben Aliyah, y he fracasado como un principiante. Ni tan siquiera he muerto, para así no recordar que envié al sepulcro a un muchacho llamado Jack Carson.

—¡No hables así, Mark! —estalló la bellísima pelirroja.

Y preguntó Carter:

—¿Es que disfrutas demostrándonos que te torturas?

—Ahora eres tú quien filosofa, Jerry. La mente o el cerebro, llámale como quieras, no es más que el álbum de nuestros recuerdos. ¿Quién borrará de mi mente que yo envié a Jack Carson tras la pista de Moulay-Hafid Draved, diciéndole que era un espía al servicio de Bará Ben Aliyah?

—¡Pero tú sabías que lo era! —Tralló Carter—. ¿No?

—Sí... pero no mandé al muchacho por ese motivo. Yo era el más listo, el más inteligente, la lumbrera enviada por Washington, que no quería «parasoles» ni «parasombras». ¡Ésa fue la realidad!

—¡Te vas a convertir en un introvertido! —gritó Jerry Carter, sirviéndose un largo vaso de *whisky*.

—¡Ja...! Puede que ya lo sea. Y ahora... ¡adiós!

—¡Jerry! —exclamó la pelirroja Carol—. ¡No le dejes marchar así!

—¡Mark...!

Volvió la cabeza cuando ya iba rumbo hacia la arcada del salón.

—¿Sí...?

—¿Necesitas dinero?

Sonrió el rubio de ojos negros.

—Bueno. Creo que es lo único que me atrevería a pedirte.

Jerry inclinó la cabeza, antes de preguntar:

—¿Cuánto?

—Veinticinco mil.

La cifra, desde luego, era excesiva.

Pero el agente pivote del Servicio Secreto norteamericano para Europa y Mediterráneo occidental, no hizo ningún comentario al respecto.

Dirigióse hacia un cuadro, que sin duda firmaba un aficionado, y tras el que se escondía una caja de caudales.

Marcó la combinación.

Y, tras contar los billetes, los tendió a Mark.

Pero el otro, inesperadamente, no hizo ademán de cogerlos.

—¿Qué te ocurre, Mark?

—Nada... que me estoy preguntando, ¿desde cuándo un agente secreto tiene una suma tan fuerte, en efectivo, sin contar lo que aún resta dentro de esa caja que has abierto?

Jerry Carter le miró con viva extrañeza.

—¿Qué estás tratando de decirme?

Volvió a sonreír Mark Clarkson, ahora fríamente.

—Quiero decirte, Jerry Carter, que cuando me vi obligado a matar a Dov Yarkoni, en el despacho de Omar Abdel Fassis, quizá por pura rutina, me tomé la molestia de registrar sus ropas. Y en uno de los bolsillos interiores de la chaqueta de Dov Yarkoni hallé una agenda con cubiertas negras de hule, con abecedario, y en la letra «C» del mismo, sin nombre, la siguiente anotación:

«RUE DE
3 25 68 70 DE
SEVRES, 118»

Tras una breve pausa, prosiguió Clarkson:

—Aparentemente, eso es un crucigrama sin solución, pero si te molestas en colocar letras y cifras por orden, sale lo siguiente: rue de Sévres, 118. Teléfono

3 25 68 70.

¿Entiendes, Carter? Tu dirección y tu número de teléfono.

—¡Te has vuelto rematadamente loco, Mark!

El rubio agente seguía sonriendo fríamente.

—No... no me he vuelto loco y tú lo sabes mejor que nadie. Tú que creaste ese personaje de leyenda llamado Bará Ben Aliyah, para explotar el sentimentalismo de unos, y beneficiarte con los secretos que vendías y los alijos de contrabando que se pasaban desde África a Europa continuamente.

»Tú, que en el año 1944, hiciste acribillar a mi padre en una callejuela de Berlín, porque había descubierto tu condición de doble o triple agente y todos tus sucios manejos.

»¿Por qué te crees que entré en el Servicio Secreto, Jerry? Pues sólo guiado por la idea de encontrar al hombre que asesinó a mi padre... de emprender una *persecución obsesiva* tras él, que nunca tendría fin hasta que lograra encontrarlo».

Jerry se volvió para mirar a Carol.

—¿Lo oyes? ¡Está loco!

—Pierdes el tiempo, Jerry Carter. Hasta he conseguido una fotografía... en la que apareces sonriendo al ladito de Dov Yarkoni. No, no he fracasado, no he ido derecho a ese callejón de dos únicas salidas... sino derecho a Bará Ben Aliyah.

—¡Maldito!

Y tras la exclamación, un «38» apareció en la diestra de Jerry Carter.

—¡Al suelo, Carol! —gritó Mark.

Se oyó correr a alguien precipitadamente, al mismo tiempo que un disparo hacía añicos la pequeña araña que iluminaba la estancia.

Transcurrieron varios minutos en silencio.

Y, al fin:

—¡Carol...!

—¿Sí, Mark?

—Ya puedes levantarte.

—¿Se ha ido? —inquirió ella.

—Pero yo sé adónde. ¡Anda, vamos!

Salieron rápidamente del 118 de la rue de Sévres.

Mark le había dicho que estacionara el coche en la esquina de la rue Etex con la de Damremont, en Montmartre.

—¿Por qué aquí, Mark?

—Muy sencillo, cariño. Porque en la agenda de Dov Yarkoni había un pequeño plano del lugar en donde Jerry Carter, con su doble vida de Bará Ben Aliyah, ha ido escondiendo el producto de sus grandes ganancias; y ese plano señala exactamente el subsótano del número 25 de la rue Etex, o sea, debajo de la bodega donde tuvimos encerrado a Alain Lamorisse.

—¡Parece imposible! ¡Él... Jerry Carter, precisamente!

—Quién mejor lo tenía para hacer lo que ha hecho, desde luego. De cualquier otro hubiese sido fácil sospechar de inmediato... ¿no lo comprendes?

—Sí, pero...

—Pero ¿has visto de algún culpable, tan siquiera en novela, del que se sospeche enseguida, Carol?

—Tienes razón... ¡Mira, ahí sale un auto!

En efecto, la pelirroja Carol tenía razón.

Un «Peugeot 404» *coupé*, con los faros apagados, acababa de salir por el abierto portalón del sótano del 25 de la rue Etex.

—Síguelo... también con las luces apagadas. Seguro que se dirige hacia el aeropuerto de Le Bourget.

Eso hizo exactamente la muchacha, tomando la ruta que conducía a la Porte Saint-Dennis.

El «Peugeot» iba aumentando la velocidad paulatinamente.

Y lo mismo hubo de hacer la pelirroja que tripulaba el aerodinámico «Porsche».

—¿Crees que lo alcanzaremos antes de llegar al aeropuerto? —inquirió Carol.

Pero la respuesta no le llegó en voz de Mark.

Sino a través del rafagazo de una metralleta, precisamente cuando iniciaba una curva cerrada.

Estuvo en un tris de no derrapar.

—¡Mantente! —bramó desesperadamente Mark.

Y pudo conseguirlo hasta enfilar la recta.

Entonces el rubio agente del SS norteamericano, sacando medio

cuerpo por la ventanilla y la «Magnum» en la diestra, acribilló materialmente los dos neumáticos posteriores del «Peugeot 404» *coupé*.

Luego, se oyó una explosión horrrisona.

Carol y Mark, al borde de la cuneta, observaban las llamas que consumían el cuerpo de un hombre que durante muchos años había traído en jaque a varios servicios de inteligencia.

—Es el fin... —murmuró ella.

—*Sí, de una... persecución obsesiva.*

En el aeropuerto de Washington, bajo una pertinaz llovizna, que no fue óbice para ello, acudió a recibirles el jefe del Servicio Secreto en persona, coronel Cecil Davison.

Luego de estrecharse las manos y cumplir las formalidades de rigor, dijo el coronel:

—Les felicito ambos.

—Él ha hecho todo el trabajo, señor Davison —dijo la bellísima pelirroja con sencilla modestia.

—No lo crea, coronel, Muchas veces un hombre necesita tener una mujer cerca de él para que las cosas le rueden bien.

—¡Hombre...! Eso me ha hecho opinar siempre mi mujer desde que nos casamos.

—Y está acertada, coronel —aseveró Mark.

—¿Por qué?

—Porque es precisamente lo que le pediré a Carol que me haga opinar, desde el día en que nos casemos.

—Pero ¿es que...? —inquirió, asombrado, el jefe del Servicio Secreto.

—¡Mark! —estalló ella, no menos asombrada.

Los únicos que aquí no estamos asombrados somos ustedes y yo, porque ya sabíamos cómo acabaría esto, ¿eh?

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] También conocida por Villa Umberto, fue creada en el siglo XVI por el cardenal Scipione; es el más grande de los parques públicos de Roma. Tiene un perímetro de seis kilómetros y comprende algunas zonas especialmente sugestivas, como el Jardín del Lago, la Plaza Siena, sede ideal de concursos hípicas, y el Musco y la Galería Borghese. Comunicado con la villa está el Pincio, realizado por Valadier a principios del siglo XIX. (N. del A.). < <

[2] Voz italiana: judería. Nombre que se daba, en algunas ciudades de Europa, a los barrios habitados por hebreos. (N. del A.). < <

[3] Exclamación que, traducida literalmente, significa: «Vete, vete, cerdo». (N. del A.). < <

[4] Exclamación que traducida literalmente al castellano, significa: «¡Sí, señor. Sí, señor!». (N. del A.). < <